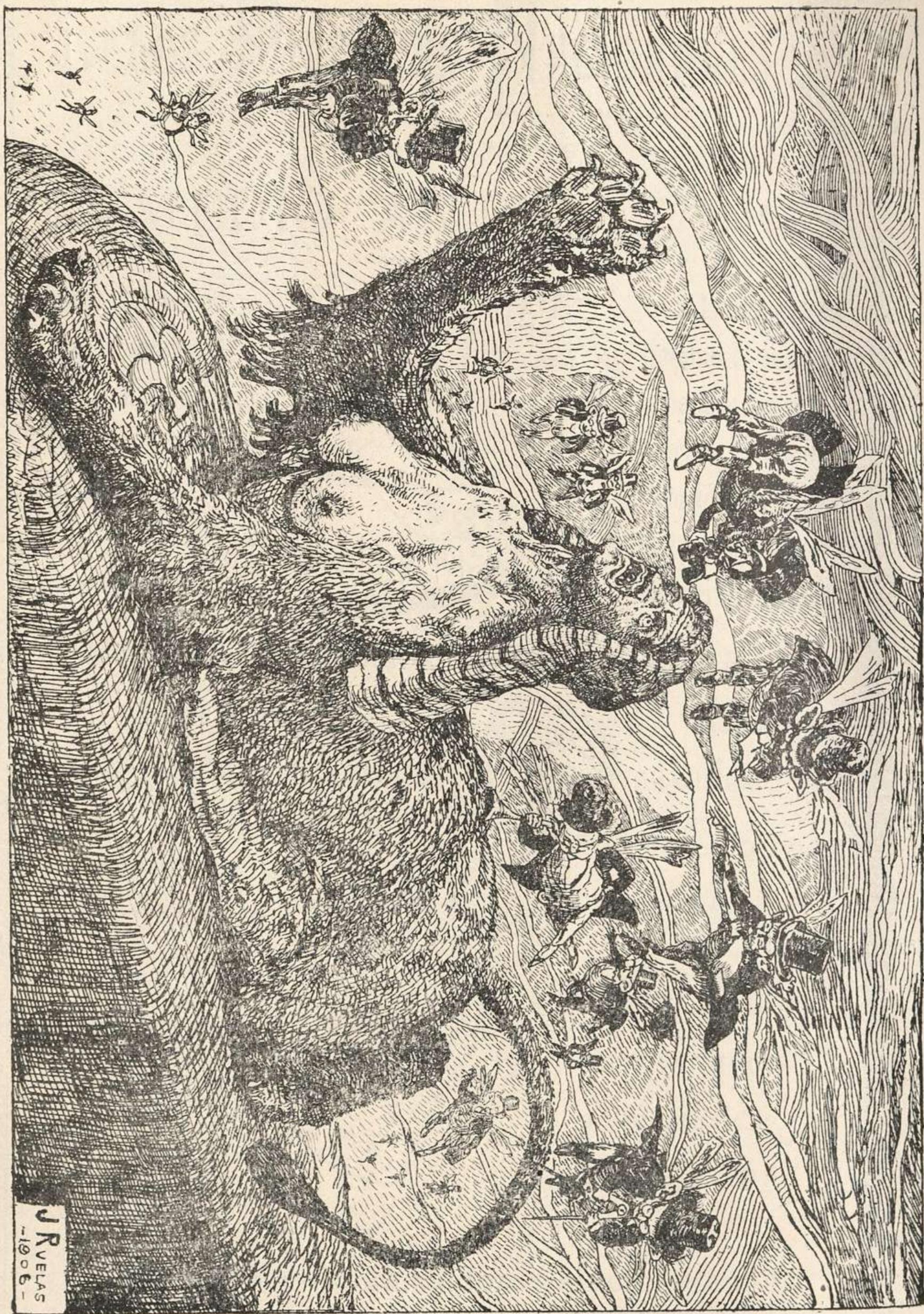


LA ESFINGE.

AGUA-FUERTE DE JULIO RUELAS.



JR
VELAS
-1906-

JULIO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONCLUSIÓN)

IV

VIAJE ALREDEDOR DE LAS VERACRUZANAS.

Ayer hablamos del mar. Hablemos hoy de la mujer, «pérfida como las ondas,» decía Shakespeare. Hermosa como ellas, digo yo.

Desventuradamente carezco de los datos necesarios. Mi condición de viajero, la premura del tiempo y la continua fiesta en que vivimos durante nuestra permanencia en Veracruz, me impidieron formar un juicio exacto acerca de las hermosísimas costañas. Ignoro muchos nombres y se confunden en mi memoria las fisonomías. Todavía el vals no acaba, y entreveo, como apariciones fugitivas, mujeres de belleza singular, ricamente prendidas y ataviadas. ¿Quiénes son? Para mí, forman un grupo tan hermoso, tan desconocido y tan compacto, como ese grupo de soles al que llaman los astrónomos, Vía Láctea. Juzgo im-

posible individualizar tales bellezas; resignome á forzada discreción, y de nuevo, mirando el bello cuadro, copiado en el cristal de mi memoria, admiro á las hermosas de la costa, como admiraban los pastores de Caldea á los astros, sin conocer sus paralajes ni sus nombres.

Inútil fué que recurriera, en busca de pormenores minuciosos, á los discretos periódicos de Veracruz. Ninguno trata circunstanciadamente de las fiestas, ni nombra á las señoritas que asistieron. ¿No habrá flores en el puerto? Michelet dice que «en los terrenos próximos al mar las plantas son raquíticas, entecas y enfermizas. Revelan en su aspecto la vecindad del gran tirano y la opresión de su aliento. Si no las detuviesen las raíces, correrían. Encórvanse afligidas hacia el suelo, vuelven la espalda al enemigo; se diría que están prontas á huir desmelenadas y en derrota.» Sin duda esto acontece en Veracruz. Por dicha nuestra, estamos á una altura respetada

ble, y quedan todavía cerca de México jardines tan amenos y rientes como los de San Angel y Mixcoac. Apercibidme, pues, un breve cesto, tejido con los mimbres más sutiles y llenadlo de flores olorosas. Que apoye el heliotropo sus moradas volutas en los nevados pétalos del nardo; que el «no me olvides» acurruque su cuerpo azul en el seno purpúreo de una rosa, como Eros juguetón se acurrucaba en el regazo de Afrodita; que la azalia, coqueta y presumida, luzca su aristocrática hermosura: las flores, como ayer fuimos nosotros, van mañana temprano á Veracruz.

*
* * *

Muchos poetas, en bellísimas estrofas, han celebrado la hermosura de las veracruzanas. Sin embargo, para que prevalezca en este artículo la fría verdad, no siempre cortesana, debo decir que las mujeres de Jalapa disfrutaban de una fama todavía mayor. Yo, por desgracia, no puedo establecer comparaciones. Tenía ya la maleta preparada para ir á Jalapa con Cerdán, que es un amigo tan galante como espléndido; pero el hombre propone y Dios dispone. Un motín sin valor ni trascendencia, más parecido á riña de mercado que á movimiento popular, hizo que inopinadamente regresara pronto á morir, no por la libertad de Grecia, como Byron, sino por las monedas de á centavo. No hay mal que por bien no venga, dice el adagio: tal vez yo, que salí sano y salvo de las cumbres vertiginosas de Maltrata y de los senos ávidos del mar, habría caído en ese abismo que llaman las mujeres corazón, ó en el océano de unos ojos negros. Para tales naufragios, no hay botes salvavidas: el más feliz, á fuerza de nadar, llega á la isla inhospitalaria del olvido.

Ya admiraré á las bellas jalapeñas, cuando Dios, Agustín Cerdán y mi suerte menguada lo permitan. Por ahora, no hay más

diosa que la mujer veracruzana, y Mercedes Ascorve es su profeta.

Haré, no obstante, algunas salvedades. En Veracruz no abunda la frescura del color, ni la morbidez de los contornos. Podría decirse á las veracruzanas lo que decía cierto poeta malo á un tal Belaunzarán, de antigua fama:

«¡Belaunzarán, Belaunzarán,
Se te sale la casa
Por el zaguán!»

A las mujeres veracruzanas se les sale la cara y casi todo el cuerpo por los ojos. En esas pupilas se nada sin llegar nunca al párpado. Echad la sonda, no hallaréis el fondo. ¡Cuántos y cuántos pobrecitos habrán caído en ese abismo negro! Y el que cae una vez no sale nunca. Si sois prudentes, no os asoméis jamás á tales ojos: el abismo atrae, la cabeza se pierde, y —de improviso— se precipita el hombre desde lo alto, como Safo desde la roca de Léucades. Precavido siempre estuve en Veracruz con una dama, supliqué á mis amigos de confianza que me detuvieran por los faldones de mi frac.

Hay ojos negros que no dicen nada. Cuando mucho preguntan si hace frío. A estos inofensivos sordo-mudos, puede acercarse el más medroso y pusilámene. No importa que sean grandes: en todo caso, servirán para que el novio ó el marido se haga la barba sin necesidad de espejo. Yo conozco unos ojos muy hermosos, que no saben leer ni escribir. Al pronto, engañan: pudiera compararlos á ciertos personajes muy grandotes que suele uno encontrar en la calle de Plateros. Involuntariamente se les cede la acera, diciendo interiormente: «ese caballero debe de ser Gobernador de algún Estado, ó Ministro de México en Berlín, ó jefe de una zona militar.» Y resulta que el ampuloso personaje no pertenece á la política, ni al ejér-

cito, ni tiene un cuarto. Así, ni más ni menos, son los ojos de que hablo. La ventana es muy grande y muy bonita; la pieza está profundamente obscura; ¿qué habrá adentro? Algún sabio que medita, un cadáver sin cirios ni blandones, ó una mujer hermosa recostada y dormida en el diván. Encienda usted un fósforo. No hay nadie.

Muy otras son las húmedas pupilas que he admirado en Veracruz. Como la mar, jamás están calladas y tranquilas. Se preguntan y se responden, hablan solas, piden la lumbré y bailan el can-can. Son pupilas políglotas: franceses, yankees y alemanes las comprenden. Bien es verdad que en este bajo mundo sólo hay tres idiomas universales: el de los ojos, el del dinero y el de los palos. Por una precaución de la Providencia, en Veracruz no hay muchos ojos claros. En las pupilas azules se ve el fondo: en las negras, no. Guardan avaras los cadáveres de almas, pequeñitos como esos insectos cuyas grandes ciudades ó repúblicas perecen bajo una gota de rocío. ¡Qué descastados y perversos son! La mirada sale rápida de su obscuro seno, como una flecha despedida por un arco de ébano. Los también, como color del Golfo, ojos oceánicos, ojos de sirena, ojos que están siempre preguntando por dónde está la puerta del infierno. En esos ojos debe de haber tiburores microscópicos. Y todos, sin distinción de colores, gritan: ¡fuego! piden el inmediato auxilio de las bombas: si no llegan á tiempo los socorros, se incendia hasta el depósito de pólvora.

Estas armas de fuego que las veracruzanas llevan sin expreso permiso del alcalde, no constituyen su único encanto. Dije algo más arriba, que no abundan en el puerto ni las encarnaciones vigorosas ni los tonos frescos. Con efecto, para unos ojos habituados á admirar la hermosura

robusta que han inmortalizado los pintores flamencos, la belleza de las veracruzanas es una disonancia. Ni sus formas son amplias, ni la leche y la rosa compiten en sus cutis: no puede darse nada más distinto de las mujeres que pintaba Rubens. Esto no es ciertamente la hermosura que ataviamos con los arreos de una sultana, y ponemos bajo la sombra de la higuera sobre un tapiz pérsico; es la belleza de la hamaca: huele á coco. Un inglés ó un alemán creería que las señoritas de Veracruz están siempre desveladas. Más que de mármol blanco ó alabastro, parecen figuras de terracota. Si fuera lícito compararlas con los libros, diría que están impresas en papel de lino. Hay más vida y hay más amor en esas epidermis de calentura. Yo creo que el agua se evapora al caer en ellas.

Tampoco tienen las veracruzanas líneas esculturales ni correctas. Su belleza está compuesta de una serie de anillos, como la belleza de las culebras; y de una serie de ondulaciones, como la belleza de las olas. Algunos creen con mucho fundamento, que son primas hermanas de las palmas. Buscad todo lo que ondula y todo lo que se cimbra; lo más elástico y lo más flexible; lo que se escurre en los dedos como un pez, y lo que salta como un chupamirto; todo lo que hierve y todo lo que culebrea; la forma curva de las sirenas y el caprichoso enroscamiento de las boas; reunid esas líneas de arabesco ó de friso de la Alhambra, esas agilidades de goma elástica, y esas graciosas esbelteces de bambú; juntadlo; y conoceréis los elementos con que formó la naturaleza á las costeñas. Un amigo decía que su epidermis no es de carne ni de yesca. Yo digo que está tejida con relámpagos.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(Duque Job).



SONETO

Gloria al laboratorio de Canidia,
 gloria al sapo y la araña y su veneno,
 gloria al duro guijarro, gloria al cieno,
 gloria al áspero errar, gloria á la insidia.

Gloria á la cucaracha que fastidia,
 gloria al diente del can de rabia lleno,
 gloria al tambor vulgar que imita el trueno,
 gloria al odio bestial, gloria á la envidia.

Gloria á las ictericias devorantes
 que sufre el odiador; gloria á la escoria
 que padece á la luz de los diamantes.

Pues toda esa miseria transitoria
 hace afirmar el paso á los atlantes
 que conducen al orbe de su gloria.

RUBÉN DARÍO.



DON QUIJOTE Y BOLÍVAR

A PROPÓSITO DE UNA HISTORIA DE VENEZUELA

Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo; yo no sé si en México, Perú, Venezuela, etc., se sigue con interés el movimiento literario, científico y artístico de Chile, Argentina, Uruguay, etc., y viceversa; yo no sé si la conciencia de la unidad hispano-americana de la América llamada latina es todo lo viva que debería ser. Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispano-americano contemporáneo, José Enrique Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que leyó en la fiesta de la translación de los restos de Juan Carlos Gómez, desde Chile á Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, «en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria y es la idea de la América: la idea

de la América como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, como sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los sempiternos hielos del Sur.» Y añadía: «Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.» Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el espíritu del pensador de «Ariel.»

No sé si esto es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad á Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español.»

Así lo dice Don José Gil Fortoul al final del capítulo IV del libro III de su «Historia Constitucional de Venezuela,» el primero de cuyos cinco tomos acaba de publicarse en Berlín, y obra que me ha sugerido las anteriores líneas. Porque es ciertamente una obra que merece ser leída

y conocida por todo americano; es una obra concienzuda y sólida y á la vez de muy grata y fácil lectura y no poco sugere. A mí, por lo menos, me ha sugerido no pocas observaciones sobre hombres y cosas de América, observaciones que cuento ir comunicando á mis lectores.

Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fué uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escoger la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie y uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar á Belgrano y á San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aledañas. Con la ventaja, acaso, á favor de Mitre—á cambio de otras desventajas—de que, como decía Alberdi y Sarmiento en la tercera de sus «Cartas Quillotanas,» se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos, é «historiando á Belgrano, á Rivadavia, á San Martín, á Moreno, etc., se habría podido educar á la juventud en el «amor á la libertad» más bien que en el «odio personal á los malvados.» Y añadió: «Plutarco no historió á pícaros para servir á la educación,» lo cual puede aplicarse al Plutarco americano, es decir, á Mitre, historiador de Belgrano y San Martín.

Mucho hay que aprender en la «Historia Constitucional de Venezuela,» del señor Gil Fortoul; pero yo, siguiendo mis predilecciones, he de fijarme, ante todo, en la figura del Libertador, tal y como el historiador venezolano nos la presenta.

Es, sin duda, Simón Bolívar, un héroe para un poema á la manera de los Browning en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y

debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro; sus Aquiles superan á sus Homeros; por lo general los historiadores, aun habiéndolos tan notables, no llegan á la talla de los historiadores. El pensamiento es la flor de la acción y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica de un pueblo hasta que, á través de dolorosas luchas, no se haya constituido en vista de un ideal común, más ó menos vago.

Hasta tanto sus pensadores, en discordancia con el ambiente, resultan incompletos é inadaptables como aquel D. Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, interesante figura de que nos habla el Sr. Gil Fortoul y que no pudo entenderse con Sucre, que vió en él un extravagante. ¿No se le llamó «loco» á Sarmiento?

El mismo Bolívar decía, en 1822, que ni ellos ni la generación que les sucediese verían el brillo de la República que estaban fundando; que la América era una crisálida, que era menester una «metamorfosis en la existencia física de sus habitantes,» mediante la formación de un nuevo tipo gracias á la fusión de razas, y en 1824 añadía que los pueblos americanos no podrían prosperar en cien años y que era menester fomentar la inmigración de europeos y yanquis.

Es el tema mismo del grandioso final del discurso que en 1873 pronunció Sarmiento al inaugurarse la estatua de Belgrano, el discurso conocido por el de la Bandera.

Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituido definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir—esto último es de Bolívar,—sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamien-

to. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y es Elena polvo.

Y ¡qué figura la de Bolívar para el poema! Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. Después de describirlo físicamente (páginas 329 á 330), agrega el Sr. Gil Fortoul: «En suma, tipo de vascongado, de que descendía por línea paterna. . . .» ¡Cuántas veces, en un verano que pasé cerca de Cenarruza, no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería á Santiago de Compostela, á contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!

«Si su organismo era, sobre todo, español —añade el Sr. Gil Fortoul— los impetus de su alma también lo fueron á menudo.» Sí, españoles y quijotescos. Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quijotismo. Conocida es la anécdota, que he leído en Ricardo Palma: («Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería,» Barcelona, 1906), sobre la última frase de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días preguntó á su médico si sospechaba quiénes habian sido los tres más insignes majaderos del mundo, y al decirle el médico que no, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y. . . . yo! Él mismo, pues, se incluyó, según tradición, con Don Quijote. Y cuando vuelva yo á hacer otra edición de mi «Vida de Don Quijote y Sancho, comentada y explicada,» no os quepa duda de que la aumentaré, incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo.

Si á Don Quijote le lanzó á su locura caballeresca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo, ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer María Teresa, y el dolor que le causó? «La muerte de su joven compañera (dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa penumbra) —dice el Sr. Gil Fortoul— lo arroja al punto en un verdadero torbellino: viajes que duran tres años; al principio, la nostalgia del primer amor, nostalgia que á veces se convierte en desesperación; proyectos confusos; nuevas pasiones que se suceden violentas y efímeras; al fin, el alto ideal que se apodera de su espíritu, arrastrándolo á la lucha por la libertad de la patria.» Agrega el Sr. Gil Fortoul, que fué tal la impresión dolorosa con que acariciaba el recuerdo de su mujer, «que llegó hasta desear sinceramente la muerte.» Y el mismo Bolívar decía, en 1828, en Bucaramanga á sus amigos: «Si no hubiera enviudado, quizá habría sido otra mi vida: no sería el general Bolívar ni el Libertador.» Y he aquí cómo aquella María T. Rodríguez, á quien conoció y con quien se casó en España —á Bilbao, mi pueblo, fué á verla en el otoño de 1901,— esa dulce figura penumbrosa que desfila por la historia, fué la de Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y cómo muerta ella, se le convirtió en Dulcinea en la Gloria.

Y ¿no es acaso quijotesco aquello que cuentan, dijo Bolívar, á raíz del terremoto de Caracas en 26 de Marzo de 1812, cuando, atribuyéndolo un fraile á azote de Dios irritado por haberse desconocido á Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro libertador, que se hallaba en la turba entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando á bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: «¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!» ¿Y no

es quijotesco aquello que en 11 de Agosto de 1826, decía á Gual, el plenipotenciario colombiano al Congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora á Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas á España. . . . si para entonces no quieren la paz los españoles?» Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, á nuestros bisabuelos.

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca á Bolívar á Don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (¡Y qué gloriosa, qué divina es la majadería así!) Cuantos hayan leído el Quijote, recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el restablo de una aldea, y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren.

En mi ya mencionada «Vida» las he comentado largamente. Aquello fué como el Huerto de los olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con Don Quijote: «no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos?» En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fe separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar — con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica á la española que no otra cosa, — hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués del Toro: «Entienda usted,

mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna.» ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía? Llegaría Bolívar á sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: y todo para qué?

No olvidemos que había leído á Rousseau, el patriarca del pesimismo, y que los dos volúmenes del «Contrato social» que habían pertenecido á la biblioteca de Napoleón y el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador, solía llevarlos consigo, y los regaló, al morir, á la Universidad de Caracas.

Á cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas. Don Quijote leía libros de caballería; Bolívar á Rousseau, y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y el decir simplemente que aquél leía á Rousseau, y éste á Plutarco, dice tanto, para los que á Plutarco y Rousseau conozcan, como cuantos paralelos entre uno y otro puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno Santa María, el que llamó á San Martín zorro y á Bolívar águila, paralelo este último que reproduce el señor Gil Fortoul. El uno era rousseiano, plutarquiano el otro, diría yo. Y no se olvide que Rousseau, por su parte, era un admirador y un lector entusiasta de Plutarco, de este Plutarco de quien decía el general inglés Gordón, el héroe del Jártum, que debería darse á leer á todos los oficiales del ejército, mejor que un libro de táctica.

Podría ir por este primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela,»

del señor Gil Fortoul, libro que aún ha de darme materia para otras consideraciones, recogiendo datos y noticias con que seguir buscando semejanzas entre Don Quijote y Bolívar, y si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos. Los últimos momentos del gran Libertador son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.

Poesía, sí, esta es la palabra, poesía. Poesía, poesía es lo que rezuma de la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispano-americanas, lo mismo que de la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Bernal, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la he-

roicidad de aquellos hombres frente á las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza, las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado á esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, á hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió á Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérsola, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del señor Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo á lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, á la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal á la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien á España, sino que sospecho que las repúblicas hispano-americanas, desde México á la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 1907.

(De «El Cojo Ilustrado»).





FUGAZ COMO UN ENSUEÑO.....

Bajo los altos domos de la glauca arboleda
 donde prendía el crepúsculo su clámide de seda,
 con su gracia divina de erubesciente Leda
 cruzó rápidamente por la gris alameda.

Cruzó rápidamente cual raudo meteoro,
 con su faz bizantina de madona de coro,
 con su vestido rosa de «fru-fruar» sonoro
 y la lluvia de espigas de su cabello de oro.

Y en el yermo de mi alma que nunca brotó flores,
 sentí un desbordamiento de divinos clarores
 y una clarinería de pájaros cantores,
 como en los viejos tiempos de mis blancos amores.

Mis inmensos anhelos la miraron marchar,
 como miran los ojos húmedos de llorar
 que interrogan la glauca inmensidad del mar
 en espera de un barco que nunca ha de llegar.

Fué para mí ese instante como un deslumbramiento:
 recorrió un misterioso, vago estremecimiento,
 mi sér, y como un ave que ha sorprendido el viento
 quedó desorientado también mi pensamiento.

(¡Oh, almas paralíticas, nostálgicas de amor!
Yo tuve en mis tinieblas un divino claror
y un capullo de ensueño que anhelaba ser flor,
¡y claror y capullo aniquiló el Dolor!)

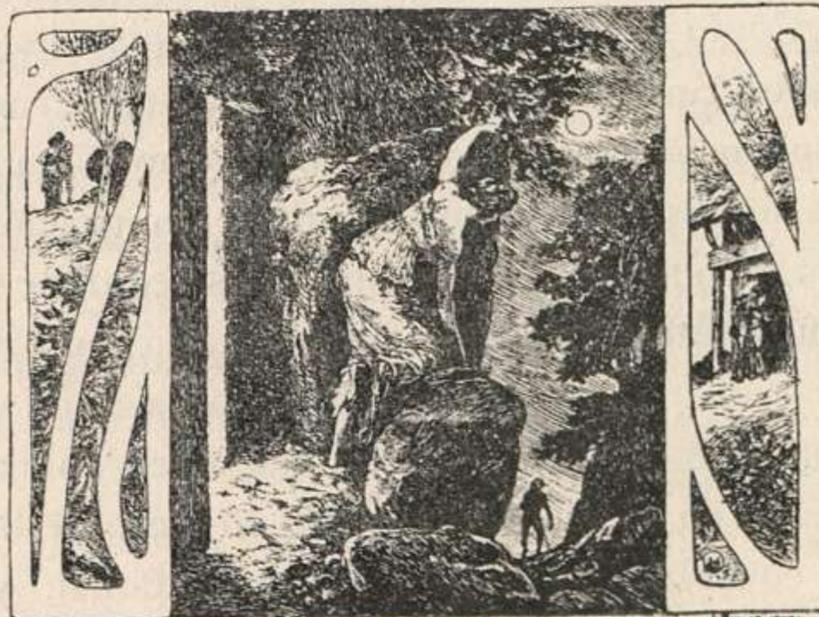
Quizá ya nunca torne la pálida «pucela:»
En el mar de la vida su nívea carabela,
mintió un vuelo de ave con su armiñada vela,
y un reguero de lirios con su argentina estela.

Quizá ya nunca vea de su gracia el tesoro;
nimbada por la lluvia de su cabello de oro
su cara bizantina de madona de coro,
quién sabe qué congojas escarcharán de lloro!

¡Quién sabe en qué jardines dolientes y lejanos
retrataran sus ojos otros ojos hermanos!
Y en sus próceres manos, ¡quién sabe qué otras manos
palpitarán tremantes de goces sobrehumanos!

Mas en mi enfermo espíritu que la torva Tristeza
con fúnebres presagios á empenumbrar empieza,
quedará eternamente, ¡oh lejana princesa!
como un deslumbramiento divino de belleza!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.





UN MILAGRO

Para la "Revista Moderna de México."

Habían volado extenuadas, en demanda de las regiones ecuatoriales, y era la única pareja superviviente al numeroso bando que comenzó con ella la larga jornada luctuosa. ¡Fué un éxodo triste el de aquel año! Un huracán dispersó á las golondrinas apenas partieron, y ya dispersas, el hambre y la fatiga las fueron aniquilando poco á poco. La última de su pequeño grupo, cayó cuando cruzaban el mar estrecho, sobre la cubierta de una romana, donde la soldadesca de Tiberio hizo festín de su caída.

Era muy triste el piar del macho: doliente, quejumbroso, decía su desesperación y su impotencia. ¿Cómo sostener más días aquel volar continuo? Sus fuerzas habíanse agotado; disminuían sus ansias de vivir, y las alas, antes ágiles, ahora torpes, sentían la invasión de una cruel energía agarrotadora; era un canto agorero de muerte.

El piar de la hembra, no delataba tan dolorosa angustia. Tenía, en medio de su quejar penoso, vagos consoladores acentos, y de la onda de su vibración, surgía

una oferta, que no lograba infundir al macho regocijadas ideas de bienandanzas próximas: era un bello y esperanzado canto, nuncio de bien vivir.

Sabía ella un delicioso valle, perdido en el fondo de la comarca libica, donde podrían eternizar su epitalamio: un riachuelo deslizaba su linfa clara bajo el glauco dosel de los tamarindales. Pájaros amigos colgaban de las hospitalarias ramas su hogar. A las altas copas del viejo árbol bendito, se prendía, al atardecer, una música brisa calajinosa. En el paraje, era la paz y el calor necesario á sus vidas.

Y á la promesa de la tierra ideal, respondía el piar escéptico del macho: «No arribaría su cuerpo á la florida prometida comarca por falta de fuerzas para más resistir la emigración doliente. . . . ¡Oh luminosas regiones doradas por el incendio del sol africano; oh visión plácida del deseado paraje; oh árboles milenarios que tantas veces cobijasteis su nido; oh abandonado alero de la vetusta casa en la ciudad meridional; ya no volvería á veros nunca. . . . nunca!»

Fué luego de promediar el día, cuando en el confín del horizonte rompió la monótona amarillez calcinada, una mancha oscura, que lentamente se fué agrandando, hasta dibujar precisos sus contornos. Auras benéficas, turbaron la enervante quietud. Grato perfume de frutas en sazón aromó el ambiente. Y mientras el alegre trinar perlaba gozosa la melodía del triunfo, allá lejos, verdeaba la fronda, cual una cumplida promesa.

¡Ya no moriría el macho! La fértil comarca le ofrecía alimentos y algún jugo para mitigar aquella su asfixiadora sed. ¡Ya no moriría el macho! Pasaron en las ráfagas, perfumados hálitos vivificantes. Un algo extraño y evocador, desplegó el paisaje de aquella vega florecida, donde la fragancia sensual no lograba manchar la impoluta pureza de las anémonas y de los lirios. . . . Tornaron á jadear las pechugas cándidas. Y abatidas las alas, tendida la curva armoniosa del cuello, el ansia de vivir puesta en los ojos, las golondrinas raudamente volaron.

Ocurrió algo insólito y terrible. Habrían perdido la noción del tiempo? El sol, no lejano del zenit, comenzó á obscurarse por oculta causa inaudita, y una noche extemporánea, precedida de largo crepúsculo rojizo, amortajó sus ilusiones.

Desorientadas, se remontaron instintivamente, emprendiendo un vuelo vertiginoso, huyendo en vano de aquella oscuridad cruel, que siempre se desplegaba ante ellas, abrumadora, infinita, fatidicamente triunfal, inexorable.

¡Oh! El macho expiraría abrasado. En su garganta había una sed irresistible, y en las encrucijadas de las sombras, la parca impaciente acechaba la próxima consumción de la hoguera.

Aún les aguardaban nuevos quebrantos. Sobre una pequeña colina, recortaban sus siluetas inquietantes tres grandes cruces. Las golondrinas pudieron, en su vuelo bajo y suave, distinguir las atormentadas figuras. Tornó á oirse el regocijado piar. ¿Sería acaso ilusión? La golondrina había visto verdear un brote en la corona con que ceñía su cabeza uno de los crucificados. ¡Allí estaba la vida de su camarada! Pero. . . . Sobre el fondo difuso del paisaje, se destacaban los enclavados, negros, abracadabrantés, horribles.

Breves fueron los instantes de lucha. ¿Había de titubear una hembra en exponer su vida para salvar la del macho, que entre tantas la había preferido? ¿Vencería el peligro y el miedo á su primer impulso generoso? No. La sublime humana ley del amor no podía dejar de cumplirse. El bello sacrificio debía ser, y fué consumado. La golondrina tendió acelerada un vuelo oblicuo; describió en torno de las cruces una gran espiral, imperfecta, y al fin, sin casiposarse en la sucia maraña del cabello, luego de atropellado picotear, arrancó una espina de la corona. ¡Corona estéril, seca, infecunda, corona de condenado!

En la quietud infinita, resonaron con fúnebre desolación sus dos cantos unánimes, agoreros de muerte. Muy alto, pasó un cuervo, proyectando agigantado, sobre el fondo ocre del arenal, el inmenso abanico de sus alas negras. La golondrina, llevando no más que la decepción del engaño, se unió á su compañero, y juntos, lentamente, continuaron su peregrinación dolorosa.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

Madrid.

(Del libro en prensa: *La Santa Ironía*).



POEMAS QUE ESPAÑA MANDA A MEXICO

II

STROMATA LYRICA

A Luis G. Urbina, gran poeta,
con toda admiración.

¡Esplendor de las tardes de verano!
 ¡Felicidad intensa é inconsciente!
 Felicidad eterna derramada
 Sobre el cálido ambiente,
 Sobre la Creación regocijada,
 y, especialmente, sobre el Sér humano,
 que acaso entonces siente
 navegar en un tépido Oceano,
 su espíritu, —patache diligente
 que va á un puerto antillano;—
 y se estremece como blanda mano
 que ha palpado el plumón de un suave nido.
 El sol alegre y loco le convida
 á gozar de la dicha de la vida,
 á no enfrenar su anhelo desmedido.
 ¡Qué tristeza en él luego se enraiza
 al ver trocado en humo y en ceniza
 todo lo que soñó fúlgido y sano!

¡Arpegios tremulantes de un piano
que una mano gentil y blanca riza;
una mano de niña enamorada!
¡Arpegios de un piano conmovente,
que, cual la voz de un niño balbuciente,
quizás lo dicen todo; —ó quizás nada!

¡Oh, catedral de Oviedo,
que me enseñaste á ser como tu torre,
siempre los brazos tensos,
en actitud de súplica,
hacia un distante, encapotado cielo,
que no abre ni un girón por donde asome
un trémulo lucero;—
á veces en las nieblas matinales,
su cúspide perdiendo,
lo mismo que mi espíritu se pierde
en nubes de románticos ensueños;
pero siempre en la firme y ancha base
granítica, en los sólidos cimientos,
con raíces de piedra,
clavadas en el suelo;—
lo mismo que mi espíritu está asido
al fango de mi cuerpo,
y hasta llega á clavar raíces hondas
en el cieno terreno!

El recuerdo sagrado de la infancia
en las horas de tedio, impera en mí.

El olor á retama es la fragancia
 que, —mientras en la loca orgía escancia
 la cortesana, en loco frenesí,
 el champaña que turba la conciencia,—
 vence, con las dulzuras de su esencia,
 el apestoso olor á pachulí!

El sol de España es mi mejor amigo
 y le rindo sincera admiración
 Cuando estoy, á mis solas, sin testigo,
 —¡encanto celestial de estar á solas!—
 evoco un campo de dorado trigo,
 ornado de encarnadas amapolas,
 que tú, sol rubio y fúlgido, aureolas,
 con roja y estival fulguración
 —En medio hay unas niñas españolas
 que me ofrecen su virgen corazón.

Mis ídolos no son ni Bavio ni Zoilo.
 Execro por igual á Zoilo y á Bavio,
 y jamás consentí que manchara mi labio
 la censura insincera ó el elogio intranquilo.

Mi crítica es de afecto y de entusiasmo asilo.
 Y si á veces intento alardear de sabio,
 es porque, en nuestro siglo XX, parece agravio
 hablar como ha mil lustros á la orilla del Nilo.

Pero yo nunca tuve cualquier vano prurito
 de que nadie me llame escritor erudito,
 ni de que nadie alabe mi empeño cultural.

En el estudio hay siempre un ardor ideal
y un anhelo imposible de escalar lo Infinito.
En la vida y en arte sólo soy un sensual.

Al recorrer el mágico salterio,
quizá un día encontró Roberto Schumann
toda la clave de nuestro misterio;
todas esas tristezas que me abruma
y que se desvanecen cual sahumerio
vertido ante un altar.
Y tal vez, siendo joven,
cierta tarde sintió Luis Van Beethoven
dentro de sí la Creación soñar.

III

LAS MUJERES-SERPIENTES

A José Juan Tablada, exquisito poeta

Ciertas mujeres tienen posturas serpentinas,
curvaturas reptílicas debajo de sus chales;
se recogen las faldas con equilibrios tales
que verdaderamente son mujeres felinas.

El talle de las chicas coquetuelas se quiebra
en unas imposibles, locas ondulaciones:
y se diría que hay en esos corazones,
los estremecimientos de una verde culebra!

Las muchachas alegres doblan su cuerpo como una boa que en la selva virgen se despereza y al tronco de una encina se agarra negligente....

¡Oh, pasar una mano cálida sobre el lomo de esa voluptuosa, blanda mujer-serpiente!....
Sus carnes tienen cierta animal *morbidez*.

IV

SONETOS CRIOLLOS

Para el admirado poeta,

Amado Nervo

Niña de mis amores, tus lindos ojos zarcos,
que son los rutilantes, matutinos luceros,
hacen que me recuerde de los barcos veleros
que cruzaban otrora los mares. Esos barcos

iban ricos de carga, pero de orgullo parcos;
y así cuando llegaban á los pueblos costeros,
descargaban sus sacos de tabacos vegueros
sobre el muelle de piedra, todo lleno de charcos.

Atracaban al muelle como viejos reumáticos,
y posaban el ancla como ancianos gotosos
que sienten fatigarse al peso de los años....

De su seno salían cigarros aromáticos,
vegetales melíferos, minerales costosos
y frutos tropicales de sabores extraños.

Lo mismo que Francis Sannues desde Burdeos,
mi espíritu de artista evocador se entrega
á formar imposibles y remotos deseos
que luego me destroza la realidad que llega.

Uno de mis usuales y locos devaneos
es soñar que yo voy dentro de una bodega
de un patache inservible que tiene titubeos
de inválido decrepito.... Y aun por el mar navega....

Yo sueño que una tarde quizás fuimos á pique
en la costa del bello canal de Mozambique....
Al lejos, en la niebla, brillaba una ciudad....

(Nunca se llega á aquella tierra que se promete....)
—Yo era entonces un ágil y travieso grumete,
visto en una novela del capitán Mayne Reid.

¡Oh, esos pataches, ya caducos como ancianos,
que llevan los regalos de tierras tropicales,
y que arriban un día á puertos antillanos,
en las mañanas de nieblas ecuatoriales!....

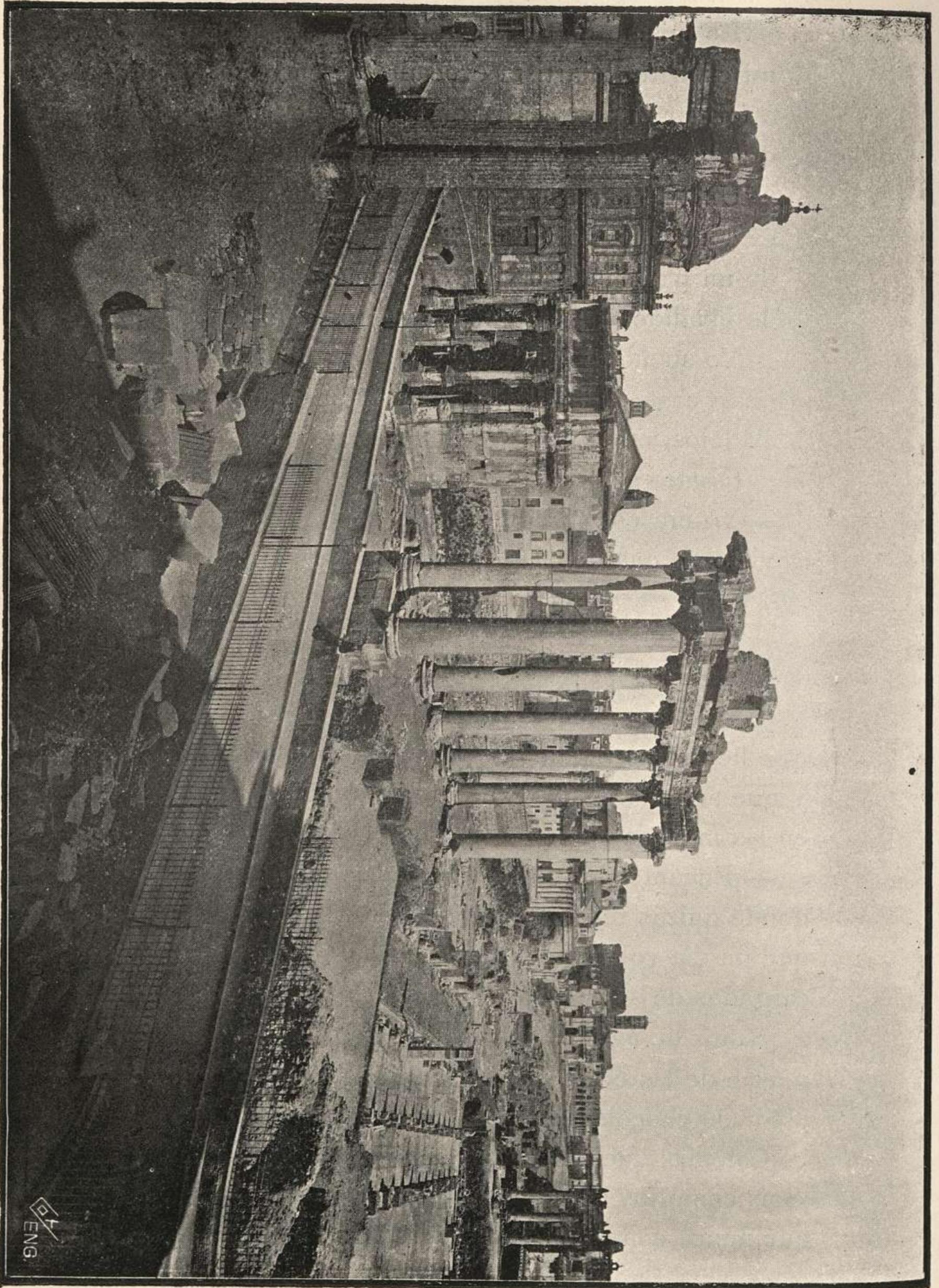
—¡Encanto de remotas ciudades coloniales,
donde quizás tenemos dos tíos asturianos,
que un día volverán al pueblo como indianos,
cargados de sortijas y de frases banales!....

¡Sabor de aguosas piñas!.... ¡Aroma de vainillas!....
¡Carne de las criollas!.... ¡Frutas de las Antillas!....
¡Olor de chocolates que los barcos trajeron!....

¡Colonias que perdimos y nunca recobramos!....
¡Sois como los hermanos que jóvenes murieron,
que nunca conocimos, pero que siempre amamos!....

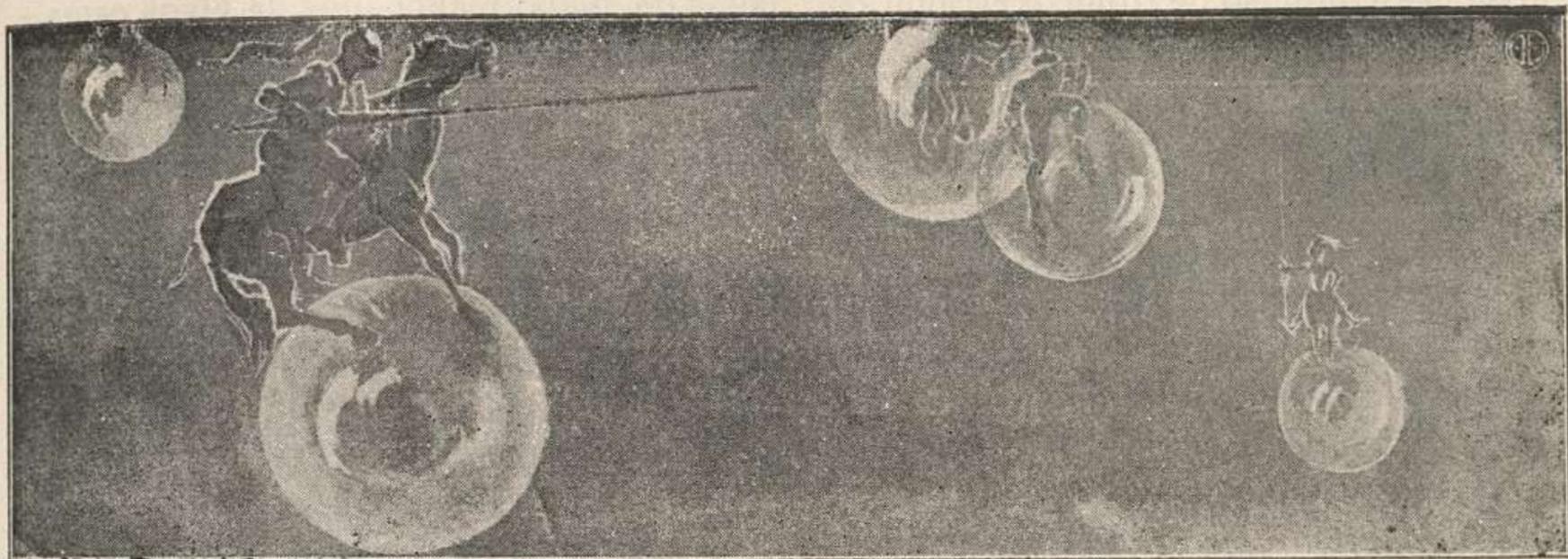
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, Abril de 1907.



Roma antigua.

ENG



HOJAS DE BAMBÚ

EL PARAÍSO DEL PACÍFICO

Ya desancora el «Coptie,» ya despide como un adiós el silbo de su sirena, y lentamente, tan lentamente, que apenas se percibe su marcha, comienza á deslizarse sobre la superficie mansa de la bahía.

Al borde del muelle, todavía se agitan los pañuelos, confundiéndose con las alas de las gaviotas, que chirriando hienden el aire, y un *good bye* desgarrador, lanzado de entre la muchedumbre de anónimo pecho, atraviesa el espacio, hiriéndome como un flecha de angustia.

A popa queda la espesura de jarcias y mástiles que recuerda el ramaje de los árboles en invierno; en el fondo se destacan las redondas colinas por cuyos recuestos trepan las calles de la ciudad, sembrada de las favilas del incendio más grande del mundo; á estribor asoma *Clift House* con su alameda de sombrío verdor, y transpuesta *Golden Gate*, aparece el grande Océano con su rugiente viento y sus encabritadas olas que se persiguen sacudiendo sus crines de espuma.

Día á día inquiero en la tabla de noticias el trayecto dejado á la zaga, la dirección y fuerza del viento, y al través de la red de meridianos y paralelos, sigo con afán el ángulo de la travesía, cuyo vértice baja hasta Honolulu, y cuyos lados miden 2,080 y 3,400 millas de largo.

Barrena la hélice sin cesar las aguas; la chimenea arroja sin tregua sus pardos vellones de humo; exhalan sin descanso suspiros las plañideras ondas; la luna, como lactescente perla, resbala en el seno de la taciturna noche, y el sol que en la mañana se levanta radiante de su encendido lecho, en la tarde torna á acostarse entre púrpuras cristalinas.

Allende el cerúleo horizonte, asoma Oahu, en un claro amanecer, su volcánica crestería. Herido por los matutinos rayos, *Diamond Head* merece su nombre por sus chispeos y simétricos cortes, comparables á las de una piedra preciosa. La marina llanura trueca su mate coloración de zafiro por transparente matiz de esmeralda, enca-

rrojándose á impulso de ritmicos escalofríos y luciendo cambiantes de seda.

Honolulu, con sus plantíos de caña de azúcar, sus filas de esbeltas palmeras como arcadas de catedral gótica, y su alegre sol que abre en los jardines de mi memoria fragantes rosas de recuerdos de mis seis años de trópicos, me indemniza del fastidio de los ocho días pasados á bordo.

El prestigio del Acuario, me lleva al lejano parque Kapiolani, de silenciosas calzadas de pinos.

En el cristal de transparente fontana y en vitrinas como enanos estanques donde se devana armonioso hilo de agua, bogan los minúsculos y multicoloros habitantes del verdiclara mar que es engarce del archipiélago.

Haylos nacarados como ópalos; color de rosa como iridescentes conchas; verdes go-teados de negro, como las plumas del pavo real; azules con salpicaduras de oro como las mariposas; embutidos de cobre; incrus-

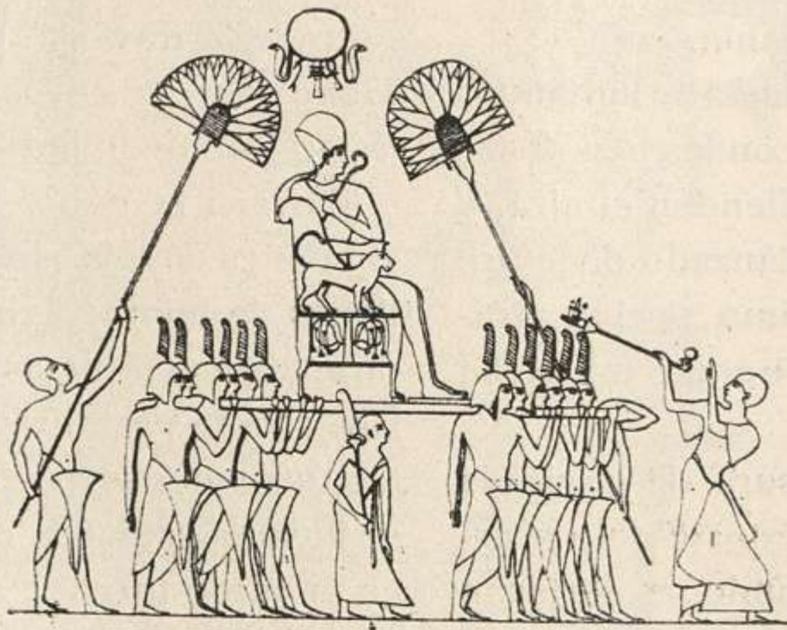
tados de plata; manchados de vivos esmaltes y cubiertos de sutiles *cloissonés*, como hechizadas joyas que cincelara gnomo orfebre con las gemas y los metales atesorados en su penumbroso y subterráneo castillo de estalactitas. Y es de ver cuál se pavonean abanicándose con las ligeras aletas, moviendo las encarrujadas colas, evocando pasmosos parecidos con sus multiformes cabezas que se antojan magistrales caricaturas.

Unos en pos de otros retornan de tierra los pasajeros, ataviados con frescas guirnal-das de flores, con que adornan sus sombreros á manera de perfumadas toquillas, ó que se echan al cuello como sargas de rosas.

Hacia el atardecer, rasga el «Coptie» el raso verde tornasolado de las olas del puerto, y muy poco á poco, como á pesar suyo, se arranca de la risueña isla que se precia de ser el Paraíso del Pacífico.

Honolulu, 9 de Abril de 1907.

EFRÉN REBOLLEDO.





EL DESALIENTO PASA.....

Á Gómez Carrillo.

Mi voluntad en vano su impulso vigoriza
 Queriendo asir la forma de lo que en mí confluye:
 Me obsede una nostalgia que no se puntualiza,
 El ansia de un ensueño que jamás cristaliza
 Y un anhelo tan vago que en sombras se diluye.

Ha tiempo mi tizona gritos de lucha espera
 Que imploren sus bravuras y su vigor reclamen;
 No hay ideal que preste su airón á mi cimera:
 Juguete de los vientos camina mi galera,
 Loco el timón y arriado el trémulo velamen.

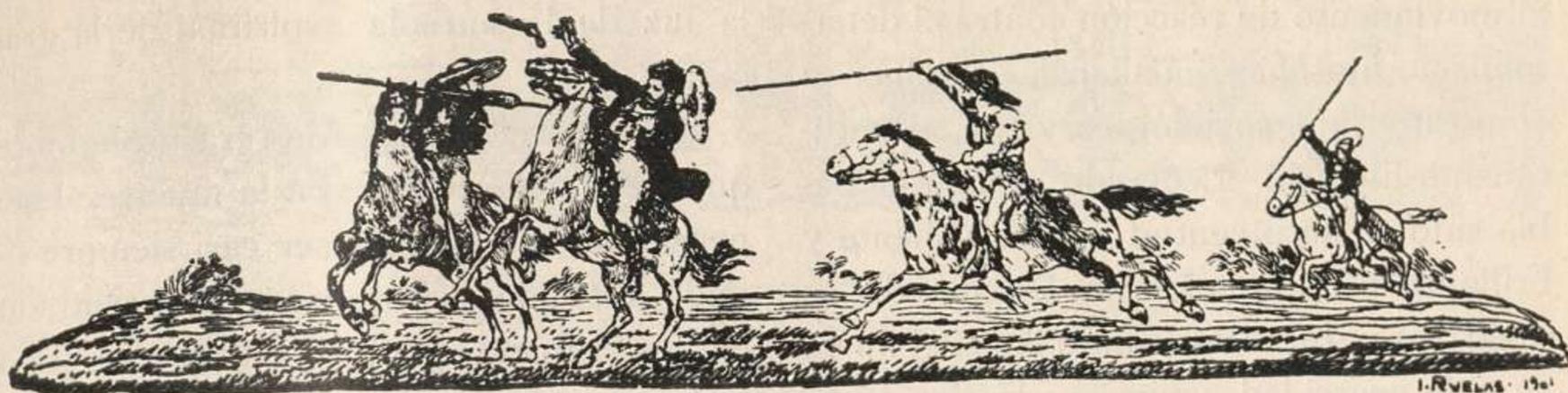
Si escruto mi sendero y el horizonte exploro,
 Me encuentro sobre un mundo que no es el mundo mío;
 ¿Qué cósmico repliegue miró mi primer lloro?
 Tal vez he transmigrado y en un tiempo que ignoro
 Fuí emperador de sombras en un país de hastío....

Enfermo estoy de todos los males de la vida,
El mal de que no sufro mi neurosis lo finge,
Y son mis pensamientos, sin brújula y sin brida,
Ginetes de quimeras que en brusca sacudida
Van á estrellarse contra los pechos de la Esfinge.

Mi voluntad en vano su impulso vigoriza
Queriendo asir la forma de lo que en mí confluye:
Me obsede una nostalgia que no se puntualiza,
El ansia de un ensueño que jamás cristaliza
Y un anhelo tan vago que en sombras se diluye....

ALFONSO CRAVIOTO.





EN MEMORIA DE LEOPOLDO ALAS

El día 13 de este mes de Junio, que es de verbenas y de dulces coloquios amorosos, cumplen años de la muerte de aquel gran espíritu que se llamó Leopoldo Alas.

Hablemos solamente de la personalidad de aquel alma franciscana y austera, que vivió en consorcio perpetuo con el pensamiento de la muerte y que, como Sócrates, llamaba á la vida «una larga enfermedad.» Hablemos del hombre que, obsesionado por esta idea favorita al maestro de Platón, encabezó un volumen de cuentos con este rótulo: «El gallo de Sócrates,» donde descifraba, con intuición poderosa, el sentido simbólico y esotérico del complemento de la frase del gran griego: «Debemos un gallo á Esculapio» Como si dijera: nos hemos libertado de una enfermedad que ya se hacía intolerable, y debemos pagar sus estipendios al dios de los médicos, que ha velado por nosotros.

Porque Leopoldo Alas era, ante todo, un hombre que veía la vida á través del velo de la muerte. Por eso la vida se le reveló siempre en su aspecto esotérico, desconocido é incomprensible para el vulgo, para el vulgo profano, «profanum vulgus,» como decía Horacio, á quien siempre admiró tanto. Y he aquí cómo el autor de

«Pipá» se anticipó al simbolismo y se penetró de simbolismo, aun combatiéndolo en la apariencia.

Este es uno de los ángulos más interesantes de su personalidad. Cuando se inició en España el movimiento malamente llamado modernista, *Clarín* fué uno de sus más fieros enemigos. Tengo la plena seguridad —basada en la confianza que me inspiró siempre aquella privilegiada organización mental y aquel fino gusto de artista, al cual nada artístico era ajeno— de que, viviendo más tiempo, hubiese sido de nuestros más ardientes defensores, el torreón inexpugnable en cuya almena se enarbolara la Cruz de la Victoria, que los ángeles volverían á llevar á Oviedo, como en tiempo de las batallas legendarias. Porque en Leopoldo Alas todo concurría —así el temperamento idiosincrático de que estaba dotado para percibir todas las pulsaciones de lo misterioso y de lo incognoscible, como la evolución que sus creencias religiosas tomaron á última hora,— para formar al simbolista futuro, al simbolista de 1907, que el *Clarín* de 1897 llevaba dentro. No es extraño que así ocurriese. El simbolismo, como doctrina metafísica más que como escuela poética, es

el movimiento de reacción contra el determinismo filosófico, en alianza estrecha con el positivismo sociológico y con el naturalismo literario. Leopoldo Alas, que había sido en su juventud el más valiente y brillante propugnador en España de las doctrinas naturalistas, sintió hacia el fin de su vida necesidades nuevas y ansias de divino. Su alma fué elevada á una especie de idealismo trascendental, muy en consonancia con las doctrinas que por entonces iniciaba el simbolismo en Francia. Este idealismo tenía también algo de aquel «Real Idealismus» que el poderoso espíritu de Locke soñó con establecer en Alemania. Se amparaba de Guyan, el predilecto de los dioses, en quien Leopoldo Alas encontró un espíritu gemelo del suyo. Conservaba algo de Renán en lo que no tenía de demolidor. Guardaba, en fin, algo de la levadura antigua; pero dándola una cocción nueva. En América era difundido, gracias al verbo vibrante de José Enrique Rodó, atleta del pensamiento. . . .

Los últimos escritos de «Clarín» responden todos á esta tendencia. El había escudriñado al principio todos los secretos de la estética naturalista. Había tenido fe ciega en la redención por la ciencia árida, basada en esquematismos. Pero se había cansado al fin de tanto empirismo seco. Había comprendido que toda determinación es negación («omnis determinatio negatio est»), como decía Spinoza, de quien él tanto se había empapado. Tenía ya el alma gastada por el abuso del análisis. Y al término de su vida, leyendo á Tolstoi, había soñado con encontrar, como el príncipe Neklindoff de «Resurrección», el nuevo sentido de la vida: «la abnegación, el bien, lo que aprendió en el «Sermón de la montaña» el día que lo leyó á

la luz de la aureola espiritual de la gracia. . . .»

Por eso Leopoldo Alas era un hombre que veía delante de sí á la muerte. Este pensamiento le hacía ser casi siempre tímido, retraído del mundo, reconcentrado en sí. Hubiera podido cantar con Julio Laforgue:

Je puis mourir demain
et je n'ai pas aimé.
Mes lèvres n'ont touché
jamais lèvres de femmes.
Nulle ne m'a donné
dans son regard son âme.
Nulle ne m'a tenu
contre son cœur pâme.

Je n'ai fait que souffrir
pour toute la nature,
pour les êtres, le vent,
les fleurs, le firmament,
souffrir par tous mes nerfs
minutieusement,
souffrir de n'avoir pas
l'âme encore assez pure.

Como Manuel Kant, retirado en la plácida ciudad de Königsberg, Leopoldo Alas vivió en una lluviosa población del Norte. Por la noche iba acaso á un Casino, donde se reunían hombres vanos y locuaces, que carraspeaban estruendosamente y pasaban horas muertas jugando á juegos de naipes. Y al salir por las calles enlodadas, que apenas alumbraban los exiguos faroles municipales, si un claro del cielo dejaba ver una estrella, el grande hombre pensaba en irse á vivir allá, en lo alto. . . .

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.



TRES INSTANTES

Á Emilio Valenzuela.

Oyó la tarde el diálogo divino.
Al temblar en el aire aquel *¿me amas?*
un pájaro que espiaba entre las ramas
armonizó la frase con un trino.

Y cuando envuelto en musicales gamas
un «sí» quemó tu labio leporino,
yo no sé.... mas el cielo vespertino
súbitamente se cubrió de llamas.

Después se hizo el silencio, y el decoro
crepuscular, en luminoso alarde,
simuló la presencia de un tesoro

en tus cabellos de fulgor cobarde....
Y te abarcaba como un nimbo, el oro
suspenso en la bonanza de la tarde.

II

Al cincelar tu beso en mi reproche
por vez primera, entre la noche bruna,
hubo estrellas errantes, como una
pirotecnia de mágico derroche.

Y bella, y de improviso, y oportuna,
—argentado botón de abierto broche—
esmaltó los jardines de la noche
la flor imponderable de la luna.

¿Generó tal encanto mi embeleso
cuando en la húmeda seda de tu boca
exprimí las esencias de aquel beso?

No sé. . . . pero oí en todo su armonía;
hasta el agua lamiendo aquella roca
su música divina repetía.

III

Siempre la tarde y el jardín. Arcana,
agravando el silencio de la escena,
una esquila, como una voz humana,
con sollozar monótono resuena.

Estabas junto á mí, pero lejana:
no supo tu sonrisa de mi pena;
eras copia de aquella nube grana
sobre la tarde de tristezas llena.

Y cuando te alejaste de repente,
á través de la sombra de mis duelos
y del crespón tejido por mis males,

mira tú mi visión de aquel poniente:
Un túmulo de opacos terciopelos
inmóvil en los oros funerales.

RAFAEL LÓPEZ.

México, 1907.



ALOCUCIÓN DEL SR. DIPUTADO

JUAN SÁNCHEZ AZCONA,

con motivo de la fiesta

en honor de Garibaldi, celebrada en el Teatro Orrin.

EGREGIOS VETERANOS GARIBALDINOS:

EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE ITALIA:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si la honorable Colonia Italiana no hubiera expresado tan espontáneamente su deseo de que voces mexicanas rindiesen en esta solemnidad un tributo de admiración al immaculado caballero de la Humanidad, que en su tránsito por la vida se llamó José Garibaldi, los mexicanos hubiéramos reclamado ese honor, con la convicción con que se reclama un derecho; porque si la patria directa de Garibaldi fué Italia, y á Italia consagró los frutos más sazonados de su labor fecunda, los actos todos de su vida demostraron que el impulso inicial de su existencia no era otro que un inmenso, un irresistible, un infinito amor á la Humanidad, para cuyo beneficio él hubiera querido verter todas las ter-

nezas de su alma y toda la sangre de sus venas. Sólo siento que haya sido mi voz la solicitada para ensalzar tanta gloria á nombre de los mexicanos, porque no me siento poseedor de la egregia nota épica que es requerida para cantar á Garibaldi. En breve vibrará en su loor una de las cuerdas más selectas de la lira mexicana, y este hecho me consuela y me alienta, porque me convence de que no serán las rústicas flores de mi pensil las que realmente lleven el perfume de la admiración mexicana hasta la culminante cima en que por los siglos de los siglos se asienta la heroica grandeza de Garibaldi.

Señores y señoras: Ha dicho un poeta que el mundo no es sino un prodigio eterno de amor, y en la consecución de ese prodigio, nadie es más puro, nadie más admirable que los grandes amorosos. El austero solitario de Caprera, el viejo luchador

que después de haber derramado sus santos anhelos de libertad en dos continentes, se cobijó en la honrada satisfacción del deber cumplido, y en la santa contemplación de los ideales adorados sin cesar durante toda su vida, cuando nadie, con mayor justicia y facilidad que él, hubiera podido disfrutar de homenajes regios; el anciano apóstol de la testa adorable, pura y leal como la de Pedro, ardorosa y consciente como la de Pablo, aparece ante la veneración de los postreros, envuelto en un esplendoroso nimbo de amor; desde su modesta cuna de Niza, hasta su voluntario retiro de Caprera, el amor fué su impulsor y fué su báculo, el amor en múltiples y sublimes manifestaciones, el amor que fué ternura para su familia, heroísmo para su patria y divinidad ante los hombres.

Con el mismo impulso de amor depositó su primer beso en la frente purísima de su Anita y abrió la brecha salvadora en los recios muros de la Porta Pia. Sin vacilaciones ni temores recorrió siempre la recta línea que el amor le trazaba. Por amor empuñó la espada infatigable de la libertad, por amor defendió á los uruguayos de la tiranía de Rosas, por amor llevó á mil blusas rojas hasta la conquista de la unidad italiana, por amor estrechó con lealtad íntegra la monárquica diestra del Rey «galantuomo» y por amor también renunció á todos los honores y dejó transcurrir sus viejos años, cuajados de merecimientos y de gloria, en la dulce quietud de una isla solitaria.

Pocas regiones de la gran patria humana hubieron de conmoverse tan intensamente durante el siglo XIX, como se conmoviera Italia. Si gloriosa por su pasado de todos los siglos, la última centuria acabó de acreditar á la tierra del Dante como esforzada, resistente y noble. No todos los pueblos hubieran sufrido victo-

riosamente los sacudimientos políticos á que Italia estuvo sometida en el siglo pasado, sacudimientos que, una vez vencidos, trajeron á la nación gloriosa hacia un nuevo y positivo resurgimiento. Muchos fueron, sin duda, los hombres que en tan terribles pruebas supieron extender gallardamente irrefutables giros contra la inmortalidad; pero entre todos ellos, Garibaldi se destaca con irresistible fuerza propia, que no acierta á caber dentro de los linderos de su patria bien amada y salva los mares para resplandecer lo mismo en la infinita llanura de la Pampa, que sobre la lírica tierra de Francia, hollada por la bota prusiana.

La Italia en que Garibaldi vió la luz primera, era una Italia desgarrada y trunca, una Italia desmenuzada en fracciones impotentes que no podían refrescar la sublime gloria del Lacio. Y sobre la debilitante división nacional se cernía en ave negra que amordaza las conciencias y pone trabas al pensamiento humano, el ave tétrico que ha detenido tantas veces los más nobles impulsos de los hombres, y que ayer como hoy, hoy como mañana, en el Norte y en el Sur, desde el Oriente hasta el Ocaso, será siempre el enemigo nato de la libertad y del progreso: la fatídica ave negra del fanatismo.

Las aspiraciones de los patriotas italianos llegaron á los oídos de Garibaldi adolescente, y sembraron en su alma virgen los sagrados anhelos que por siempre habían de ser la norma de su existencia.

Muy temprano experimentó las primeras vibraciones intensas de la idea emancipadora; muy temprano sintióse arder en el amor por los oprimidos, y sin vacilaciones ni titubeos, entregóse temprano á la lucha santa, sin escatimarle un átomo solo de su sér. Su acción fué tan decidida, que en 1834, cuando contaba veintisiete años, la tiranía le había condenado á muerte y

el joven pescador de Niza se veía obligado á abandonar Italia, para escapar al cumplimiento de la terrible sentencia. Desde entonces fué su vida una epopeya prodigiosa que apenas puede seguir el espíritu humano en todas sus fases y eventualidades. La «Joven Italia,» surgida al poderoso verbo de Mazini, fué la que lanzó á Garibaldi en el espinoso camino de la gloria, y Garibaldi, agradecido, algunos años más tarde, hizo á la nueva Italia el sublime homenaje del Capitolio Romano.

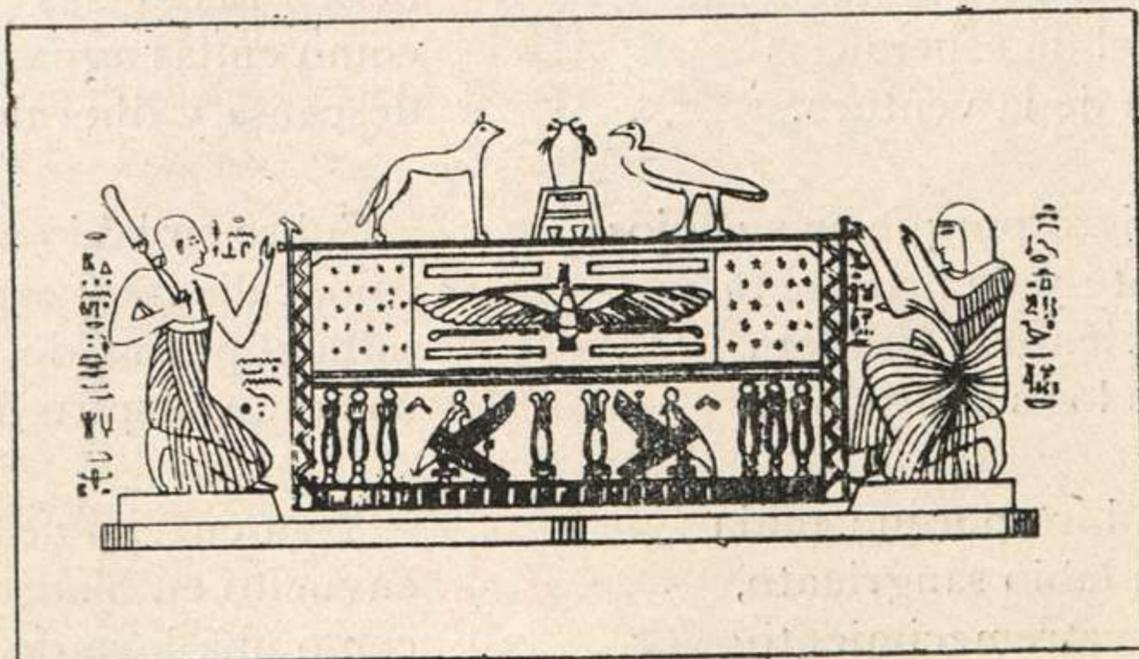
Soldado experto y denodado entre el fragor de la metralla, fué un político perspicaz y fuerte cuando las peripecias de la lucha obligaron á reyes y á príncipes á tratar con él de potencia á potencia. Y toda su acción culminaba en el mismo anhelo, todo su sér alentaba sólo por el amor de los hombres, como si su carne y su alma hubieran estado modeladas con todas las desdichas seculares de los hombres.

Su noble cabeza culminó siempre entre miembros de honor y de nobleza en todos los grandes sucesos que durante el siglo XIX marcaron nuevos derroteros á la humanidad.

Hijos de Italia, que en tierra aparentemente extraña conmemoráis con patriótica integridad el centenario del nacimiento de

Garibaldi; que interrumpís vuestra fecunda labor de todos los días para fortaleceros en la contemplación de tan alta gloria patria: es legítimo vuestro orgullo al sentirnos compatriotas del Coloso. Pero pensad que no es sólo vuestro, que su amor inmenso abarcó á todos los hombres, que todos los hombres tenemos para él gratitudes ineludibles y dejad que los mexicanos unamos nuestro canto al vuestro, con toda la palpación de nuestros corazones. En la patria de Juárez, Garibaldi tiene un altar por derecho propio, y ante las consideraciones de sus altos hechos, mexicanos é italianos nos sentimos estrechamente unidos en un impulso uniforme hacia la libertad y hacia el progreso.

Y hoy, que se celebra este centenario de orgullo para la Humanidad entera, dejadme interpretar muy brevemente el vivo sentimiento de todos mis compatriotas en esta salutación sincera. Los liberales mexicanos te amamos, Garibaldi, con toda la intensidad de nuestra alma consciente. Tu nombre y tu memoria siempre estarán en nuestra veneración y en la de nuestros hijos. Sé bendito, eternamente bendito, oh grande, oh fuerte, oh hermoso Garibaldi!





A MANÓN

(De un libro en preparación).

Ninguna le gana á hermosa,
pues nació al beso mi nena
de un suspiro de azucena
y un pensamiento de rosa.

Lleva en los ojos la vida,
sobre los labios el cielo,
y entre los rizos del pelo
toda la gloria escondida.

Cuando triste y seductora
sonríe ante mi pasión,
me hace ver una ilusión
por un recorte de aurora.

Es la visión blanca y pura
que ha ofrecido lontananzas
á mi bajel de esperanzas
en busca de la ventura.

La quiero porque en sus ojos
de amante y de prisionera
flota al viento la bandera
de todos los sueños rojos.

Y la adoro porque anida
sobre su labio sangriento,
como el estremecimiento
de un más allá de la vida.

Cuando pasa silenciosa
por los campos del amor,
deja tras sí el resplandor
de un ala de mariposa.

Y hay en el dolor sentido
que brota de su silueta,
como un sueño de poeta
que muere de haber vivido ...

De seda y de terciopelo
su voz hecha y de armonía,
es como una melodía
llorada en un violoncello.

Su alma sin malicia alguna
flota á ras de sus pupilas
como en las aguas tranquilas
descansa y duerme la luna.

Sobre su labio andaluz,
rojo, caliente y espeso,
salta el poema del beso
como un suspiro de luz.

Y su cuerpo de ilusión,
envuelto en blanco se esfuma
como una joya de espuma
labrada por un tritón.

Cuando marcó con sus huellas
el huerto del alma mía,
creí que la poesía
pasaba sembrando estrellas.

Llegó á mí como en algunas
músicas escandinavas
se deslizan las octavas
bajo el claror de las lunas.

Y aquel encuentro fortuito
que fué la aurora de un día,
floreció en el alma mía
como un cielo de infinito....

Cuando adivinando amores
la presentí yo en mis sueños,
entre sus dedos pequeños
llevaba un ramo de flores.

Hoy que palpo la ilusión,
más que ayer la encuentro hermosa,
pero en sus dedos de rosa
se lleva mi corazón....

Que otros de glorias mortales
perezcan entre la espuma;
yo sólo quiero la pluma
para escribir madrigales.

MANUEL UGARTE.

París.





HORAS

VACIO

¿Por qué se rompió el espejo de la dicha?

Frente al lecho vacío, el amante está absorto en su pena, inmóvil, con los áridos ojos fijos en la almohada. El hueco que allí ahondó la cabeza dulce de la mujer, era un sepulcro colmado de dichosos recuerdos. Aquella depresión en la blancura de la almohada, ahora glacial, evocaba el tropel de las horas idas, con maravillosa elocuencia y exhalaba un intenso perfume de caricias, de cabellera despeinada, de besos. . . . Muerta la flor del idilio, aún vivía en la estancia su aroma ardiente, azotando el corazón afligido del hombre. El veía pasar las memorias de los días claros, el rosado cortejo de las caricias; y la amada adquiría un prestigio más noble, vista en el crepúsculo denso de la angustia, como la luna sobre lúgubres nubarrones. Y entretanto, la elegía resonaba en su alma, como un largo són de órgano funéreo.

Ella tenía los ojos puros y compasivos como una santa, y en su cuerpo ardía sin tregua el amor como llama divina. Saboreaba la dicha con una indulgente ele-

gancia de diosa. Sonreía y cantaba: era su vida cual una sonrisa y un canto nupcial. Cuando posaba la cabeza envuelta en la negra nube de sus cabellos, sobre la almohada acogedora como un regazo, sentíase en el silencio de la estancia olorosa, que la dicha estaba presente. Y hoy, aún volaba el anciano perfume por el ámbito del aposento, pero sólo como una evocación amarga del ayer feliz. . . . La oquedad fría de la almohada era un nido desierto, abandonado por pájaros veleidosos. El placer huyó, y el deseo estaba tañendo una flauta desesperada en la soledad, convocando inútilmente á los pájaros fugitivos. En el espíritu del hombre, había, como en la almohada del lecho, un sitio huérfano, un hueco triste, solitario. El amante creía hallarse, de noche, en una selva alumbrada por una luna enorme y blanca, y que ruiñeros plañideros se lamentaban entre los follajes desprovistos de flores y que á sus plantas se dilataba un camino largo, largo, blanquecino, que se hundía en el misterio del horizonte lejano, como la hoja de una espada en el cuerpo de un monstruo quimérico.

EL MAR

Á I. Pereira Álvarez.

Leo en Suetonio esta noticia acerca del velludo Cayo Calígula, César Romano: «Créese que Cesonia le dió un filtro para que la amase, que no produjo otro efecto que el de hacerle furioso. Excitábale especialmente el insomnio, porque nunca podía dormir más de tres horas, y éstas ni siquiera con tranquilidad, sino turbado con extraños ensueños, entre otros el de que le hablaba el mar.» El César era cobarde como una liebre joven: la misma coraza que hurtó en el sepulcro de Alejandro Macedonio, no pudo atenuar los impetus de su miedo. Esta frecuente excursión nocturna por el imperio del espanto, atenúa la maldad del emperador. El mismo ángel negro que venía á robarle de su lecho para transportarlo á regiones de horror y de angustia, debía de inspirarle protervos propósitos.

Yo me he imaginado al César durante su ensueño, errabundo por la orilla del mar, con un tridente en la mano, como si fuera el propio Poseidón. El Mediterráneo, claro bajo el plenilunio amarillento, está cantando su ronca antífona en las riberas solitarias. Las piedras muerden los pies desnudos de Cayo, el cual se siente lejos de Roma, de los pretorianos y de sus amigos, y tiembla como si anduviera por un bosque germano, ó en un buque sin timón, con viento tempestuoso. Se sienta en el suelo, temeroso y fatigado. Y es entonces cuando el piélago marino desata su coro de imprecaciones, rompe en un trueno siniestro, en que tiembla la ira. Primero es un clamor incomprensible: sopla un viento agudo, que trae consigo rumores distantes, como de naufragios horrendos ó de tragedias remotas, ocurridas más allá de los mares. El agua se encres-

pa y ruge. Las espumas, en la cresta de las olas, fingen figuras humanas; y como el mar es una vasta pradera de espumas, parece una muchedumbre de hombres congregados á los pies del César. Y los rugidos del agua azotada por el viento, son veces humanas, gritos humanos. La cólera y la venganza aullan estas voces como lobos heridos. Y el pobre Emperador comienza á reconocer las figuras que pueblan el mar, y á oír claramente las imprecaciones furibundas. Es una muchedumbre de personas, tan numerosa como sus crímenes, la que colma el vasto piélago dilatado ante sus ojos. Ve el esqueleto de Drusila contorsionado como en la hora del orgasmo incestuoso: Drusila, calva, horrible, que aún lo llama, ardiendo en fuego lúbrico, como una impura antorcha que permaneciera encendida aun entre los eternos hielos del Tártaro. Tejiendo contorsiones libidinosas, aparece como poseída de un furor infernal en la revuelta turba. El payaso Mnester, haciendo cabriolas, la mira con la cara hinchada de risa. Y la muchedumbre de gente se mueve, agitada por el viento de borrasca, mirando, increpando, llamando al César con ademanes absurdos, torvos y rígidos.

Y entretanto, el bramido del mar llegaba á él potente, augusto, imperioso. Y el pobre César se encogía en la ribera como un gusano, olvidaba su tridente de falso Neptuno y empezaba á dar diente con diente, como los siervos de Campania torturados por la calentura. Eran las voces marinas:

--Salve, Júpiter Latino, hijo de Germánico! Tienes las piernas flacas como una cortesana moribunda y el alma sin escrúpulos, como un dios. Ningún orácu-

lo te dirá tu fin y ojalá fueras inmortal y permanecieras en este sitio por los siglos de los siglos, escuchando los gritos de mi admiración. Eres más grande que Rómulo, más grande que Julio y más grande que Octavio. Baco, junto á ti se llena de pavor. Los gladiadores tiemblan á tu presencia y los demás hombres se te acercan con idolatría. Naciste protegido por Hércules y por los Dioscuros. Cuán digno de llanto es, ¡oh Cayo!, que no poseas la inmortalidad de tu cuerpo. Tu fea carne será chamuscada en día no remoto por fuego deficiente, y después irá á pudrirse bajo la tierra, hasta que manos pías desentierren la carroña inmunda y la purifiquen por la llama. Entonces no serás nada sino ceniza dispersa; pero, entretanto, triunfas y brillas en el cielo romano, como una águila roja. Casarás con una mujer que tiene amputado un muslo, para acostumbrarte á la vida que te espera en la región plutoniana. Plutón es tan envidioso como tú, tan envidioso como un dios auténtico, y no te permitirá conservar tus prerrogativas imperiales, tus atributos de Júpiter latino. A decir verdad, serás entonces como un bribón bárbaro, azotado por la plebe. Augusto te dará una paliza por estólido y tus aduladores te pela-

rán las barbas. En tu cuerpo encontrarán magníficos asideros tus enemigos, los cuales, con aullos furiosos, te soplarán en las orejas la palabra «cabrío.» Los bosques lejanos caminan á tu encuentro; un Casio está amolando su puñal con siniestro designio, y mis olas desean tragarse tu cuerpo raquítrico, cual sorben los desechos de los navíos náufragos. . . .

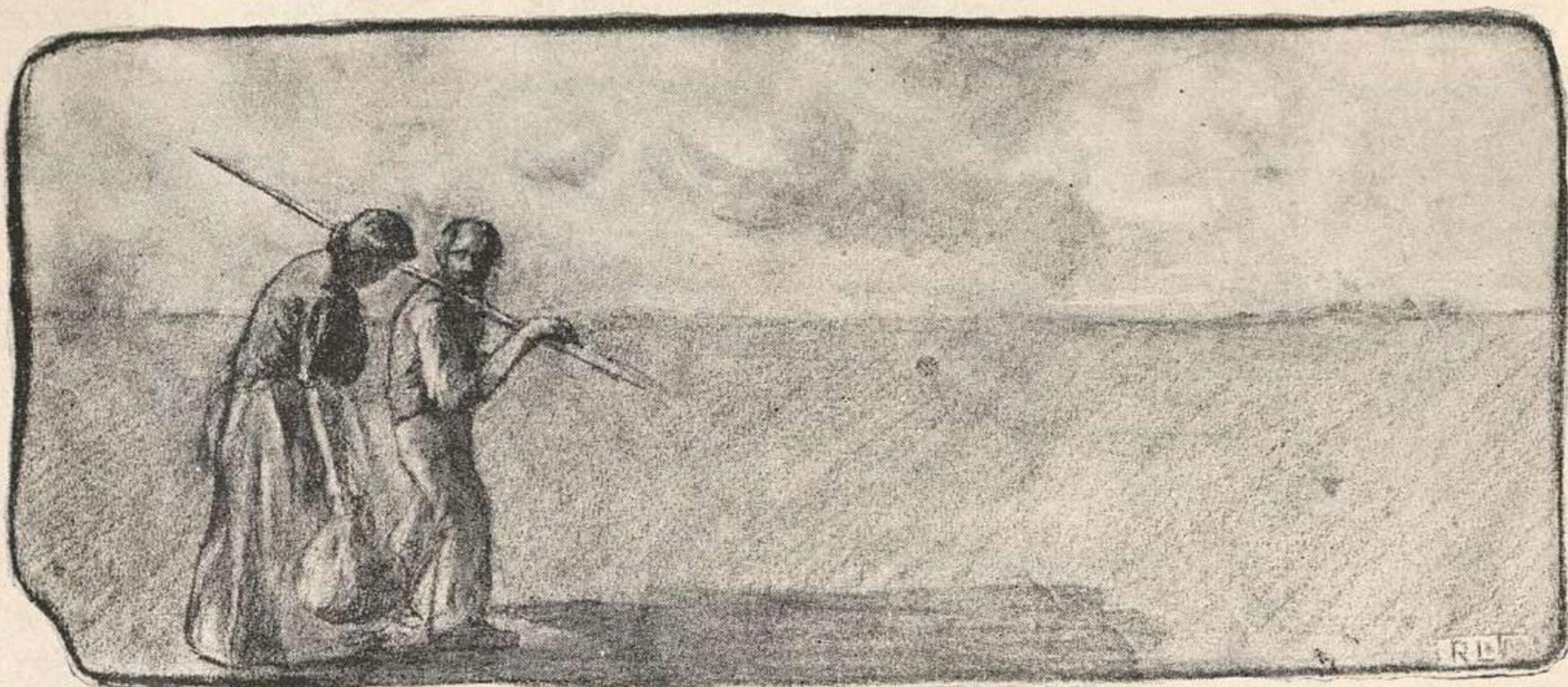
El mar se hinchaba, como un enorme pecho lleno de ira. Los rostros de las fantasmas hacían gestos de burla ó de amenaza, enderezándose hacia el cielo, como triunfadores. Calígula comprende las injurias, se siente solo y sin fuerzas y tiritita de frío y de pavora. Sus vellos, erizados como espinas, le duelen en la carne. Y el mar lo escupe y vilipendia con maligna ferocidad.

Cuál no sería la alegría de Cayo Calígula, César Romano, al recordar en su lecho de oro, amo del mundo y lejos del mar insolente! El espanto de la pesadilla pasada, haría más intensa la alegría del poder seguro. Y entonces, paseándose por el aposento suntuoso, meditaría con aguda fruición en hacer estrangular á uno de sus primos muy amados.

JESÚS SEMPRUM.

(De «El Cojo Ilustrado,» Caracas, Venezuela).





DE "MANOJO DE RIMAS"

LXVII

Tú empiezas y yo acabo la jornada. . . .
 Vespertino crepúsculo es mi vida
 Y la tuya una aurora suspendida
 En la cumbre magnífica y alzada.

En la existencia yo no espero nada,
 Tú llegas á la fuente apetecida
 Que con linfas purísimas convida
 A emperlar la ilusión de la alborada.

Recuérdame en tus horas de ventura,
 Y más en el dolor, torvo y sombrío;
 Es una estrella la bondad muy pura.

Está la noche próxima y obscura,
 La barca de Caronte surca el río. . . .
 Mitiga en mi memoria la amargura.

JESÚS E. VALENZUELA.



Pedro Henríquez Ureña.—Máscara de Alberto Garduño.

UN CLÁSICO DEL SIGLO XX

CONFERENCIA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Voy á hablaros de un poeta castellano, típicamente castellano, que vivió, en la vida y para el arte, dentro de la castiza tradición española y la castiza sencillez de los hondos sentimientos primarios. José María Gabriel y Galán, nacido lejos de las populosas colmenas urbanas, educado en la filosofía de paz de los viejos poetas de su patria, y hecho á la sana labor de los campos, al contacto de la naturaleza, del alma de la tierra, ha dado en la poesía de nuestra época la nota clásica y la nota rústica, espontáneas ambas y genuinas.

Este retorno á lo tradicional y á lo primario, en un principio de siglo que parece acelerar febrilmente todas las evoluciones y transformaciones de la vida social, distinguió desde luego á Gabriel y Galán como una personalidad original y vigorosa, y atrajo sobre él, como la atrae todo lo que tiene visos de rareza, la curiosidad del público lector. Era en verdad raro que,

en el preciso momento en que la poesía española, más tardía que la hispano-americana, despertaba á la renovación del modernismo, surgiera un poeta radicalmente distinto de sus coetáneos y que, si á nadie pedía lecciones cuando copiaba la fábula de los campesinos castellanos ó extremeños, cuando quería cantar en forma elevada, salvando de un salto el frondoso bosque romántico y el helado y artificioso jardín pseudo-clásico del siglo XVIII, se internaba en la majestuosa selva de los siglos de oro para beber en la fontana pura que brota en el huerto de Fray Luis de León y deleitarse con la música pastoril en los prados amorosos de Garcilaso.

He querido definir á Gabriel y Galán como un clásico del siglo XX, un poeta raro y singular en nuestra época; y debo señalar limitaciones á esa afirmación. Así como él no fué tan extraño á las novedades del modernismo como fué ajeno á la

influencia de la ya extinta escuela romántica, así los más preclaros poetas modernistas han ido á buscar enseñanzas en el gran clasicismo español: tal hicieron Gutiérrez Nájera, en los tercetos de su *Epístola á Justo Sierra*; José Asunción Silva, en *Vejeces* y *Don Juan de Covadonga*; Eduardo Marquina, que resucita «el silabizar de Garcilaso» y la amorosa delectación de San Juan de la Cruz; Manuel Machado, que restaura episodios del *Poema del Cid*; Antonio de Zayas, cuando cincela en bronceos bajorrelieves las recias figuras antiguas; Leopoldo Díaz, cuando consagra palmas al fundador de nuestro idioma poético, al maestro Gonzalo de Berceo; y Rubén Darío, cuando enlaza la gloria un tiempo oscurecida de Góngora con la gloria de Velázquez y de Cervantes.

Pero estos poetas, cuyo temperamento es franca y sinceramente moderno, solamente se apropian de la vieja poesía el modo de decir y el modo de *sentir* ciertos conceptos; mientras tanto, siguen sintiendo, pensando, observando, imaginando, inequívocamente, á la manera moderna. Gabriel y Galán, en cambio, era clásico por temperamento y por educación; y esto lo singulariza en nuestra época y le asigna su puesto en la sucesión histórica de las tendencias literarias.

Antes de avanzar en el estudio de su personalidad, creo oportuno definir el concepto de lo clásico, que la ignorancia y el apresuramiento del vulgo semi-literato han tendido á falsear y obscurecer. Hay, el clásico que lo es porque puede servir de maestro y de modelo á todas las épocas, por ser, en una frase, un grande de las letras (y éste lo mismo se llama Sófocles ó Lucrecio que Rabelais ó Edgar Poe ó D'Annunzio), y el clásico por tempera-

mento ó por escuela, lo cual tampoco se es á voluntad.

Se ha querido clasificar á todos los temperamentos artísticos en dos órdenes: clásicos y románticos; y esta división, que por lo general fracasa cuando se la quiere aplicar á espíritus excelsos, sirve para la gran mayoría de dioses menores que pueblan la historia del arte. El temperamento clásico es sereno, y el romántico es inquieto; aquél busca la armonía y éste la lucha; aquél busca el alma de la naturaleza difundiéndose en ella, y éste pretende arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas.

En cuanto al clásico por educación y por escuela, puede serlo, en rango modesto, como dice Menéndez Pelayo, el escritor «sensato, correcto, estudioso, que pien-

sa antes de escribir, que toma el arte como cosa grave, que medita sus planes y da justo valor á sus palabras,» ó bien, «el ingenio amamantado desde niño con la lección de los inmortales de Grecia y Roma y de sus imitadores franceses, italianos y españoles.»

En este orden, alcanzan la cúspide «una cohorte de ingenios, pocos, muy pocos, los

amados de Júpiter,» los que —continúa diciendo Menéndez Pelayo— no sólo «conocen y estudian á los antiguos y en alguna manera aspiran á imitarlos, sino que logran asimilarse su forma más íntima, sustancial y velada á ojos profanos; los que roban al mármol antiguo la fecunda, imperatoria y alta serenidad, y el plácido reposo con que reina la idea, soberana señora del mármol; los que procuran bañar su espíritu en la severa á par que armoniosa y robusta concepción de la vida que da unidad al primitivo helenismo, al de Homero, Hesiodo, Píndaro y los trágicos;



José M. Gabriel y Galán.

los que, habiendo logrado enamorar, vencer y aprisionar con abrazo viril esta forma indócil evocada del reino de las sombras, como la Helena del Fausto, hacen brotar de su seno eternamente fecundo, frutos de perfecta madurez y hermosura.»

*
* *

Gabriel y Galán fué, repito, clásico por temperamento y por escuela, aunque su escuela se limita al clasicismo español, y ni penetra en la antigüedad ni hace excursiones por Francia ó Italia. «En él —dice Emilia Pardo Bazán, al prologar magistralmente el volumen de *Nuevas Castellanas*,— hubiese sido una librea, algo postizo, cuanto no fuese el sereno, resignado, vigoroso sentido clásico de la vida. Este *clasicismo orgánico* —añade,— nos muestra su poesía cortada exactamente de la misma tela que su vida.»

Vida, en verdad, digna de estudio la de Gabriel y Galán. Oigamos cómo la narra él mismo, en unas cuantas frases, poco antes de su muerte:

«Nací de padres labradores en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca. Cursé en esta y en Madrid la carrera de maestro de primera enseñanza. A los diez y siete años de edad obtuve por oposición la escuela del Guijuelo (Salamanca), donde viví cuatro años, y después, por oposición también, la de Piedrahita (Ávila), que regenteé otros cuatro años. Contraje matrimonio con una joven extremeña; dimití el cargo que desempeñaba, porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al cariño de mi gente, de mi mujer y mis tres niños. Tengo treinta y cuatro años, y á escribir dedico el poco tiempo que puedo robar á mis tareas del campo. Comencé á escribir poe-

sías para juegos florales y me dieron la flor natural en los de Salamanca, Zaragoza y Béjar y otros premios en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, si es que todo ello es algo. Mis paisanos, los salamanquinos, y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me miman. Yo también les quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben, mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas partes y hasta las oigo cantar diariamente á los gañanes en la arada.»

La Pardo Bazán, que es quien mejor ha estudiado la personalidad del poeta castellano, comenta esta autobiografía de manera harto sugestiva, recordando hasta qué punto vió conmoverse á unos labriegos de Salamanca cuando, en el histórico huerto de Fray Luis de León, oyeron á la insigne escritora, en unión de varios amigos suyos, recitar los versos de Gabriel y Galán.

«Esos gañanes —dice la noble dama,— que se aprendían de memoria y entonaban durante sus faenas los versos de un poeta sentimental, me despertaban reminiscencias de una fiestecilla semi-literaria en mi casa misma. Y creía volver á escuchar las estrofas de *El Ama*, recitadas por Alicia Longoria, con su voz vibrante, su estilo modernista, su declamación apasionada, á la francesa; y veía la esbelta figura, envuelta en telas drapeadas y rebordadas por el gran modisto, el peinado á lo arcángel de Memmling, de la gentil *disease*, y me veía á mí misma, tratando de obtener un poco de silencio, de romper el indiferentismo de los que, al anuncio de una lectura, habían corrido á fumar y charlar en otras habitaciones, como hacen, sin falta, gran parte de los concurrentes á saraos, si se hallan en riesgo de poesía ó de música. Y al evocar este incidente de la vida social, pensaba: A todos los poetas les deseo un auditorio de gañanes.»

Sin embargo, la fama de Gabriel y Galán no se ha limitado á las regiones españolas donde él vivió. Si no me equivoco, la España culta, el público literario, comenzó á conocerle en 1902, cuando se publicó la primera edición de *Castellanas*, patrocinada y prologada por el Obispo de Salamanca, Fray Tomás Cámara, un espíritu piadoso y sencillo que quiso ofrecer á sus hermanos y amigos y «á cuantos hablan la lengua de Castilla, las tonadas de su diocesano.»

La fama de éste creció hasta culminar en apoteosis con su prematura muerte, ocurrida dos años después, y que fué un duelo regional en Extremadura y parte de Castilla.

Varias ciudades, entre ellas Salamanca y Valladolid, le honraron en veladas solemnes. La prensa de Madrid habló y discutió sobre él durante semanas. De entonces acá, las ediciones póstumas de sus obras han recorrido triunfalmente el mundo hispano.

Y es así cómo un poeta campesino, que nunca se preocupó por la nombradía y los triunfos resonantes de las ciudades, aunque tuvo la que algunos llamarán debilidad de concurrir á certámenes, llegó á convertirse en ídolo, y su nombre y su obra fueron por un momento la moda de los cenáculos y el tópico de la prensa. La exageración en este sentido fué tal, que se pensó en erigirle una estatua junto á la de Fray Luis de León. Fortuna fué que se levantara entonces la voz del perspicaz *Azorin* para señalar el error de las consagraciones festinadas y el yerro, mayor aún, de suscitar comparaciones inútiles. Dejemos sola, dijo, la estatua del más grande de nuestros poetas.

* * *

La típica virtud de Gabriel y Galán es

haber cantado la naturaleza y la vida rústica con un sentimiento absolutamente suyo, personal y espontáneo, y con una filosofía clásica, castizamente castellana. Porque en él la canción bucólica no guarda relación alguna de imitación, lejana siquiera, ni con Teócrito, ni con Virgilio, ni con el mismo Garcilaso. Sus gañanes y sus vaqueros, sus mozas y sus zagalas, pueden tener de común con los pastores del poeta griego lo gráfico y lo directo de la expresión; pueden asemejarse á los pastores ya más artificiosos del cisne mantuaniano, por la delicadeza con que alguna vez digan su amor y su pena. En cuanto á Garcilaso, Gabriel y Galán le iguala en la sinceridad y la frescura de sentimiento con que se expresan sus personajes; pero difiere radicalmente de él. El poeta de las dulzuras elegíacas, el que hizo cantar á Tirreno y á Salicio, era sincero y fresco, pero dentro de la ficción de sus imitaciones virgilianas. De los campesinos de Gabriel y Galán, sabemos que existen, que no moran en Arcadias artificiales, sino en las «castas soledades hondas» y las «grises lontananzas muertas» de Castilla y en los polvosos llanos de la ardiente Extremadura.

Nada debe él á la poesía bucólica estilizada, que en el siglo XVIII degeneró en un fárrago de idilios, anacreónticas y villanescas. Sus antecesores, sus semejantes, son los autores cómicos, desde los regocijados orígenes del teatro español hasta Tirso con sus villanas y su *Don Gil de las Calzas Verdes*; son los autores de romances y letrillas pastoriles no viciados de latinismo ó italianismo. ¿Quién no recuerda como algo deliciosamente espontáneo la *serranilla* en que el Marqués de Santillana pondera la ferrosura de la vaquera de la Finojosa?

Pero hay algo más en los cantares rústicos de Gabriel y Galán. Los bucólicos

antiguos rara vez cantaron otra cosa que alegrías y duelos de amor; el poeta charro nos describe toda la vida campestre en su rudeza y en su magnificencia: la majestad de los paisajes, la pureza de los cielos, el esplendor de la fecundidad en los campos y en la especie humana, la gloria y la dicha del trabajo, los amores de mozas y vaqueros y los de las aves, los consejos del anciano prudente, los celos de la ciega y los sortilegios de la despechada, la muerte de una madre y la de una esposa, el nacimiento de dos gemelos, la resignación del fatigado vaquerillo, las cuentas y preocupaciones de la cosecha, la desolación que siembra una nube de granizo, la desgracia que inflige un patrón cruel, el culto del Cristo de la ermita y de la Virgen de la montaña.

Gabriel y Galán fué la voz de los campesinos de Salamanca y Extremadura; sintió con ellos, cantó en su propia fabla y sorprendió los grandes momentos poéticos, dulces ó dolorosos de su vida. Ved cómo como describe el horror con que la juventud de una aldea huye de la hija del sepulturero, porque ésta se adorna con las galas que roba á las tumbas recientes. Oíd como hace hablar al pobre hombre agobiado por la miseria y el duelo, pero con fuerzas aún para erguirse y prohibir que le embarguen el lecho donde murió la esposa eternamente llorada.

Él interpretó los anhelos y las esperanzas de los provincianos, cuando el joven monarca español visitó la provincia salmantina. Escuchad: es una plática del tío Roque «con su yunta de dóciles vacas:

con la Triguera,
con la Temeraria.»

El labrador recorre todo el rosario de calamidades que le amenazan: la dureza de la tierra, la pérdida de las simientes, el cansancio, las deudas, los cobros. Y el tío

Roque vislumbra una esperanza en la real visita:

Yo no sé, pero yo me magino
de que el Rey no vendrá á ver la plaza,
que en el mismo Madrid habrá muchas,
no agraviando á la nuestra, tan guapas....

.....

Y si solo la plaza le enseñan
los de Salamanca,
¡para, Triguera!
¡tente, Temeraria!

Viviendo entre campesinos, Gabriel y Galán se considera uno de ellos; él también circunscribe al campo y al hogar sus anhelos y sus esperanzas. Su espíritu se derrama por entero en sus poesías, con la sinceridad y la cordialidad de quien ha aprendido á sentir junto á la naturaleza, madre para él severa, implacable á veces, pero cálida siempre é inagotable. Su autobiografía moral puede encontrarse condensada en cinco composiciones: *Amor*, *Las sementeras*, *El regreso*, *El ama*, y la *Canción* escrita días antes de su muerte.

Apoteosis del hondo sentimiento cordial, la primera narra cómo el poeta, adolorido por la muerte de la amada, llegó á pensar que el insensible poseería la felicidad y buscó un rincón «donde no hubiera amor y hubiera vida.» Y entonces fué descubriendo amor en todas partes: en la choza del pastor, en el convento de las castas esposas de Jesús, en la canción del labriego solitario, en las inscripciones del cementerio, en los retozos del ganado, en los nidos de los pájaros. Y la sombra de la amada, le dice:

La vida es bella;
si en ella descubrieses, tras mi huella,
la honda belleza de que está nutrida,
y me quieres amar... ama la vida,
que á Dios y á mí nos amarás en ella.

En la canción de *Las Sementeras*, canta la fecundidad de sus tierras y la bell

za de la agricultura, junto con la dicha de su hogar, y termina invocando:

¡Señor! que das la vida!
dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

Como un incidente, *El Regreso* cuenta una visita á la ciudad y compara, á la manera de las epístolas de los viejos poetas, los engaños de la vida ciudadana con la simplicidad de la campestre. Esta clásica silva forma, con la no menos clásica de *El Ama* y las lirás del *Canto al Trabajo*, el resumen de las ideas de Gabriel y Galán sobre la vida del individuo en la familia y en la sociedad. Para él, la existencia del hombre sano y normal huye de toda falsa pompa y de todo artificio ruidoso, se fortifica en su propia sencillez y honestidad y se plenifica en el trabajo y en el amor. Amor, trabajo, fe; he ahí la triple base de su filosofía; filosofía humilde en apariencia, pero llena de dignidad, humana y armoniosa, severa y serena, que tiene sus raíces en Grecia y en Judea y llega hasta él á través de los poetas castellanos, haciéndose parte y espíritu de su mundo físico y moral.

El paisaje de Castilla, «recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire transparente y sutil,» ha dicho Unamuno, «nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta con sus espléndidas exuberancias. Es más que pan-teístico, monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre.»

Gabriel y Galán lo ha dicho también:

El campo que está á tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

El espíritu de la poesía clásica española adquiere unidad y augusta armonía, gracias al sello nacional que la austera Castilla logró imprimir al resto del país. Esa filosofía profunda, sobria, humana, ¡oh, sí! y á ratos escéptica, ese *estoicismo cristiano*, lleva el sello inconfundible de Castilla. Si la España de los siglos de oro no ha dado á la historia del pensamiento un gran filósofo constructivo, sí ha dado á las letras una falange de poetas pensadores.

No es necesario comentar ya nuevamente la profundidad de Cervantes y la osadía de Calderón, la sutileza de Gracián y la amplia visión humana de Lope y de Tirso. Lo que asombra es releer á los poetas líricos y encontrárselos con tal frecuencia en las encrucijadas del pensamiento contemporáneo. Las más veces se les ve girando alrededor de un elogio de la soledad y de la vida sencilla ó disertando sobre la inestabilidad de las cosas terrenas; pero, á poco avanzar, nos sorprende la valiente concepción de la justicia histórica en Herrera; la declaración de la suprema dignidad del trabajo en Quevedo; la mundana experiencia con que discurre sobre educación Bartolomé de Argensola, que se anticipa al sentido casi religioso de la pedagogía modernísima de la escandinava Ellen Key, proclamando que «gran reverencia se le debe al niño;» la persuasiva discreción, digna de Guyau, con que sienta Fernández de Andrada esta piedra fundamental de la moral moderna: «Iguala con la vida el pensamiento;» y la visión profunda y amplia de Fray Luis, que formula el concepto de la más alta realización de la vida humana: «Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto,» de la misma manera que Renán, tres siglos después, quiere que el hombre ideal sea «un cuadro abreviado de la especie.»

No llegó Gabriel y Galán á tales excel-

situdes filosóficas en su poesía; pero si cabe afirmar que observó los preceptos de sus maestros: realizó la armonía perfecta entre su vida y su ideal, realizando en sí mismo su concepción del hombre; dignificó el trabajo; reverenció al niño, adorándolo en la cuna y considerándolo parte de una inmortal renovación, y tuvo el hondo sentimiento de la justicia social.

Fué un verdadero poeta social, como admirablemente lo define la Pardo Bazán: fué la voz *íntima y épica* de su tierra y de su pueblo; no se manifestó anti-social clamando por revoluciones y desquiciamientos del orden establecido; sino que abogó por la conservación de la familia, del gobierno, de la religión; y, como espíritu generoso, tuvo notas de simpatía para los anhelos socialistas, en los cuales no descubre amenazas para las instituciones que él juzga sagradas, sino para la riqueza inútil, ociosa, parasitaria.

«Rama seca ó podrida,
perezca por el hacha y por el fuego!»

Y además de poeta social, fué poeta religioso. Con los mismos rasgos característicos que sus concepciones filosóficas y sociales, sus ideas religiosas son sencillas, llenas de reverencia y caridad, sin lucubraciones cosmogónicas ni delirios místicos.

*
* *

El poeta que tan honda y sinceramente sintió, hubo de expresarse en forma original y vigorosa. Cuando reproduce las fables populares y campesinas, su instinto infalible de poeta le hace encontrar las expresiones más verídicas y sintéticas.

En las composiciones de elevado estilo, adopta casi siempre las formas clásicas, pero casi nunca se ciñe á una imitación vi-

sible de autor determinado. Y estas formas, aparte algunos momentáneos flaqueos, adquieren en él maravilloso encanto de frescura y originalidad. Las posee, ciertamente, en su atrevida adjetivación, en la fuerza de sus repeticiones y en su apego casi infantil á la trasposición, que le hace decir del labrador,

«que el pan que come con la misma toma
con que lo gana diligente mano.»

Afirmé al principio que este poeta, esencialmente clásico, no había sido del todo ajeno á las novedades modernistas, y en verdad no lo fué á las del modernismo americano que le precedieron. Más de un detalle se encuentra en él reminiscente del poeta argentino *Almafuerte*; y más inequívocos aún son los que recuerdan al colombiano José Asunción Silva. Todos conocen el *Nocturno* de Silva:

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de murmullos
(y de músicas de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda
(las luciérnagas fantásticas....

Pues este famoso *Nocturno* parece haber perseguido como una obsesión al poeta castellano durante tres noches. Oíd dos fragmentos del *Nocturno montañés*:

Una noche de opulencias enervantes
y de místicas ternuras abismáticas,
una noche de lujurias en la tierra
por alientos de los cielos depuradas,
una noche de deleites del sentido,
depurados por los ósculos del alma ...
.....
Y en el lienzo de los cielos infinitos,
y en las selvas de la tierra perfumadas,
van surgiendo las estrellas titilantes,
van surgiendo las luciérnagas fantásticas.

Oíd ahora el principio del *Sortilegio*:

Una noche de sibilas y de brujas
y de gnomos y de trasgos y de magas,
una noche de sortílegas diabólicas,
una noche de perversas quirománticas,
y de todos los espasmas
y de todas las eclampsias....

Oid, por último, el primer pasaje de *Las Canciones de la Noche*:

Una noche rumorosa y palpitante,
de humedades aromáticas cargada,
una noche más hermosa que aquel día
que nació con un crepúsculo de nácar,
y medió con un incendio del espacio
y espiró con un ocaso de oro y grana....

Estos tres *Nocturnos* modernistas, indican que el poeta salmantino era capaz de apreciar la belleza de todos los estilos; pero demuestran, por contraste, cuán genuinamente clásico era su temperamento y cómo, al apartarse de las formas tradicionales, su elegancia descriptiva nos parece forzada y sus sentimientos resultan poco sinceros.

Adrede he dejado para el final el comparar á Gabriel y Galán con un poeta de América que fué, como él, bucólico y clásico: hablo de Manuel José Othón. El poeta mexicano fué, como el castellano, adorador de la naturaleza y clásico en su filosofía y en su estilo. Poseía imaginación más rica y variada y mayor dominio del

verso; pero en su temperamento había mucho del hombre de ciudad: su amargura y su escepticismo lo denuncian. Su último grito desolado, *En el desierto*, resonará eternamente en la lira de América con la misma fuerza con que en la lira de Francia repercute el eco de la formidable invocación de Baudelaire á la muerte.

Por el contrario, el espíritu de Gabriel y Galán fué mansión de paz. Contempladlo en la grandeza de su muerte, grandeza de serenidad trágica, de final de tragedia en Sófocles ó en Ibsen. Su padre ha muerto y él se siente morir: como el viajero que, entre dos negruras de una noche profunda, alza los ojos al cielo iluminado súbitamente por argentina aurora boreal, su espíritu, antes ajeno al misticismo, adquiere alas místicas, cierra las puertas del hogar paterno, el hogar de sus patriarcas, á quienes

«se los vino á buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos,»

clama por su propia vida para que viva la memoria de sus muertos y se sienta él mismo perpetuarse en sus hijos pequeños, pero se inclina y dice:

«Señor! La frente del hijo
tienes rendida ante tí!»



TITO V. LISONI

Publicamos el retrato de este joven y distinguido escritor chileno, cuyo nombre principia á sonar con frecuencia en la prensa hispano-americana.

El Sr. Lisoni, que aún no ha cumplido los treinta años, ha publicado los poemas *Angel Caido*, *Italia* y *El Cristo*, y obtenido lauros en concursos importantes; ha publicado también algunos folletos sobre temas políticos y jurídicos, y dado algunas conferencias, entre las cuales se cita con elogio la consagrada al



Ariel, del pensador uruguayo José Enrique Rodó.

Abogado distinguido, es consultor de las Legaciones de Italia y de Guatemala en Santiago de Chile, habiéndosele nombrado más tarde Cónsul del segundo de dichos países.

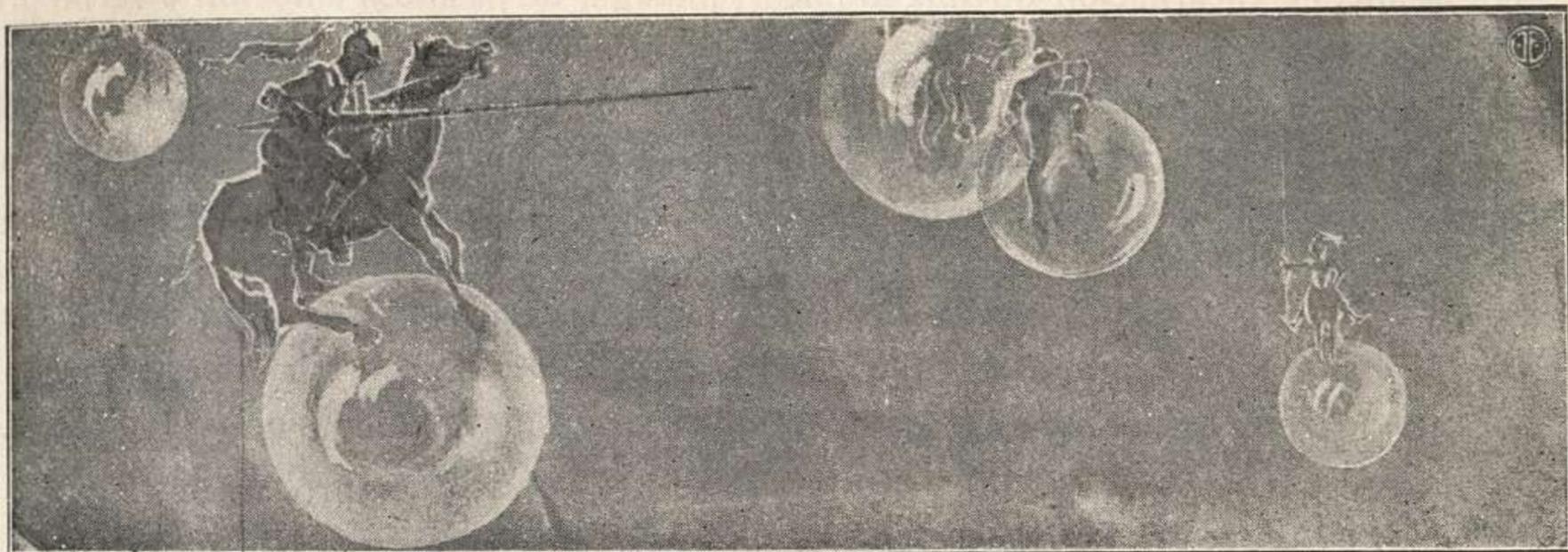
Es miembro de varias sociedades, tales como el Ateneo y la Sociedad Positiva Penal de Chile y correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y de la Escuela Positiva Penal de Roma.



JULIO FLOREZ

Procedente de la vecina República de Cuba, arribó á esta ciudad, á fines del pasado, el distinguido poeta Julio Florez. Popularísimo en México desde hace varios años, por sus hermosas composiciones románticas, diversos centros literarios le han agasajado á porfía, merecidamente. Viene Julio Florez en la madurez de su talento. Hemos tenido el gusto de escucharle varias poesías inéditas del rico bagaje literario que trae.

Sea, pues, bienvenido el admirado poeta colombiano.



LA ESPAÑA QUE NACE

LA JUVENTUD QUE ESCRIBE

De Barbadillo y de su amor.

De aquellos campos de Sanlúcar, donde una sanluqueña amazona cruzó con las altanerías de su látigo la cara sensual de un Emperador; de aquella misma casa con escudos donde moría, sable en mano y combatiendo al Papa, un prócer mujeriego y anticlerical, rebelde y epicúreo, vino á Madrid, años atrás y con dineros, un señorito ceceador y pródigo, que traía caballos de carreras, pinturerías y sombrero cordobés.

Barbadillo, genialmente rumboso, gastó miles de duros en manzanilla y en mujeres; vino con «madre» de Eritaña, se derramó por el Madrid juerguista, y, en los altos de Fornos, entre sus guitarristas y sus hembras, Barbadillo durmió sus borracheras locas. ¿Qué lecturas, qué planes literarios? Ni en soñación los tuvo entonces. Oíidle cómo cuenta su iniciación. Fué, como tantos escritores, héroe por fuerza,

escritor, porque, señorito inútil, no sabía ni hacer zapatos. Se agarró á las cuartillas, náufrago del oficio y del beneficio.

Y así empezó, ganando diez reales, forzado en la galera de las traducciones, con un cómitre avaro y cruel que, á lo mejor, lo dejó en cuadro. Y así prosiguió, errante y pobre, de buscavidas literario, sostenido arrogantemente, heroicamente, por un amor, por ese amor que hoy llora.

Y así, entre raso y entre lluvias, el cielo periodístico le fué huracán, y el cielo del querer se le cerraba. Un día, siendo yo director literario de *España Nueva*, Barbadillo me dió una crónica, *Mi Tío*; al siguiente se le pagaba y se le publicaba, y al otro ya la gente hablaba de él. Fué una detonación, algo explosivo; era una prosa juvenil y fuerte, ataviando á un humorismo audaz. Era un decir galano, hasta exquisito, de cosas arrogantemente juveniles;

era la amable encarnación de una inquietud simpática.

Después, *El Imparcial*, y *El Liberal*, y *El Intransigente*, han publicado crónicas y cuentos, galanos todos, muchos intensísimos, algunos incoherentes, de balbuceo cándido, y todos bellamente escritos. Luego exhumó *La hija de Celestina* y cantó á Salas Barbadillo una salutación

hidalga, de pasmosa emoción y verbo pródigo. Después . . .

Después su clavel novio se ha abierto en estas noches claras, á la luna romántica y serena, madre bendita y diosa de las serenatas de suspiros. Y, rezando á la sultana luna, Barbadillo escribió su confesión, tal vez llorando sobre las cuartillas, como Garcilazo por Flérida, sobre el arnés . . .

CRISTÓBAL DE CASTRO.





INSOMNIO

LA NOCHE

La noche con doliente majestad, hacia
la infinita tristeza lleva un encono
Es una pobre reina que de áureo trono
ha visto que ha caído su aristocracia.

A solas, su solemne y obscura gracia
da á sufrir, sin olvido del regio tono
Es una pobre reina que en su abandono
llora y llora sin tregua su gran desgracia.

Exangüe en la amargura que calla en falso
arcanidad siniestra de excelsa faja,
pasa con sus fatigas á pie descalzo,

y cede de su angustia la última alhaja
Es una pobre reina que á un vil cadalso
camina con la frente pálida y baja.

DOS MUERTES

En una crispatura de sufrimiento
de la tiniebla, un astro muere en un drama

y su luz sangra y sangra, de rama en rama
Una nube es un negro presentimiento

En dolor irritado, se arrastra el viento,
Como un león herido, sobre la grama,
E inaprecación tremenda y áspera brama
Otra nube es un negro remordimiento

A la vez, una rosa —dicha gloriosa—
de un rosal triste y débil y solitario
muere con agonía tan silenciosa

que el silencio del viento ya es necesario
¿Se amaban aquel astro y aquesta rosa ?
Otra nube pudiera ser un sudario

EL HUERTO

Una inquietud extraña conmueve el huerto
cuyo sombrío y viejo corazón late
en la desoladora lobreguez mate
en que está pensativo, solo y desierto.

Con grave rumor de hojas gruñe un incierto
juramento en que apenas se halla remate.
Parece que recuerda, tras un combate,
el gallardo infortunio de un héroe muerto.

Arboles, flores, hierbas tiene en embargo
de oculta y misteriosa desesperanza;
y en su cólera muda guarda un amargo

propósito agresivo su desconfianza.
Parece que medita, tras duelo largo,
una expiación, un crimen ó una venganza.

UNA TORMENTA

Con horrible amenaza de rojo fuego
en los labios convulsos, hosca tormenta
por el negro horizonte cruel, se presenta
con un trágico manto de audaz despliego.

La máscara espantosa que el rostro ciego
le cubre con sigilo que asaz aumenta
el terror del aspecto, deja ver cruenta
mueca que hace un profundo desasosiego.

Sus manos y pies dicen los arrebatos
de que es capaz: ¡terribles son y muy rojos!
Es su aliento la muerte. No usa recatos.

Y desórdenes raudos de ígneos enojos
cruzan, tan formidables como insensatos,
en los fieros abismos de sus mil ojos.

UNA MARIPOSA

En la alcoba en que un tenue fulgor suaviza
la sombra que me tiene de compañero,
mariposa nocturna su afán viajero
revela en sus atisbos, y se desliza.

Con alas que parecen de gris ceniza
de infierno, va trazando su mal agüero
en el vértigo loco con que el mechero
de gas la atrae á su alma de luz rojiza.

Gira y asciende y choca con la techumbre,
vuelve á bajar con vuelo casi invisible,
y asalta la pantalla; pero en la lumbre

ve una risa implacable é inasequible
por la torpeza ignara de su deslumbre
en el mortal engaño de su imposible.

UN DESEO

Vago temor y á un tiempo dulcísima ansia
mi corazón consuelan paternalmente:
ser en la noche negra, llama impaciente,
ráfaga infatigable, suave fragancia,

suspiro de árbol triste con su arrogancia,
anhelo de flor llena de fe inocente,
verso de alas tranquilas de limpia fuente,
trino de ave perdida de alba arrogancia,

para morir de prisa y en placer hondo,
cuando de la Natura sobre el desmayo,
en un Apocalipsis cruelmente blondo,

como del Infinito la voz y el fallo,
del misterio del mundo llega hasta el fondo
la verdad de Dios que oigo gritar al rayo.

México, Julio de 1907.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.





Angel Zárraga.



ANGEL ZÁRRAGA

La *Revista Moderna* se complace en publicar un perfil de Angel Zárraga. Hace varios años, cuando publicó sus primeros versos —entre éstos «Eucaristía,» «Cain y Abel» y «Tus Manos,» y algunos dibujos,— los primeros poetas y escritores reconocieron unánimemente que el joven literato y dibujante era una verdadera promesa; y así lo reconocen todavía. Agréguese á un vigor mental sano y puro, á un respetuoso y hondo amor á la Belleza, á una inspiración viva, á una serena orientación y á un reposado amor al estudio, la fuerza de la savia juvenil de sus veintiún años, y se verá y sentirá mejor la verdad de los maestros que animaron á Angel, y la de sus talentosos amigos de juventud que lo aplauden y quieren.

Acaba de llegar de España, después de perfeccionar sus estudios de pintura, y en donde en varias exposiciones y concursos literarios se hizo acreedor á honoríficas recompensas. En la Antología, «La Joven Literatura Hispano-Americana,» de nuestro distinguido colaborador Manuel Ugar-

te, figuran sus versos, «Al Quijote,» que publicamos cuando el Centenario. Además, es colaborador de varias escogidas Revistas españolas.

Visitó París, Holanda, Bruselas, etc., y proyecta un viaje á Florencia y otros centros artísticos del Viejo Mundo.

En fin, no obstante su corta edad, ha puesto esmero en hacer que su espíritu nunca *camine con pesado fardo*; y con gusto hemos visto que las alturas no lo marean. . . . No es amigo, bien lo sabemos, de los amigos del bombo, que sorprendiendo la buena fe de extranjeros periódicos, se agitan los pañuelos desde las barreras de las cumbres regiomontanas y desde la Isla engarzada de zafir de Martí!.....

Para presumir á dónde va Angel Zárraga, basta leer sus versos, basta leer sus prosas, basta juzgar sus cuadros. Todo esto sí lo recomienda, más aún que la videncia de los maestros, mucho más que este saludo de bienvenida que la *Revista Moderna* satisfácese en hacer á su joven colaborador.



LIBROS NUEVOS

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA. — **La Chiquilla.** — México, 1907. — No sabemos explicarnos la indiferencia con que son recibidos en nuestros centros literarios algunas obras que, como la de González Peña, no debe, por ningún motivo, pasar inadvertida, máxime cuando á diario se llenan las Revistas con encomios y diti-rambos frenéticos, de producciones que en puridad, apenas valen la tinta que consumen. . . . De cualquier modo, la labor del joven literato González Peña se nos muestra prestigiosamente en las 500 páginas de «La Chiquilla,» cuya lectura nos lleva de sorpresa en sorpresa, revelándonos un novelista de talento vigoroso, capaz, en la naturaleza, de clavar un bello trofeo en esa cima de todas las literaturas.

El romance desfila con exagerada lentitud quizás, en una sucesión de cuadros cálidamente entonados, con riqueza de luz y color. Las páginas dedicadas á la fiesta típica del 15 de Septiembre, son admirables de verdad y fuerza. Todos los que hemos visto, ó mejor dicho, vivido, esa noche de lluvia, de vino, de entusiasmo y de evocaciones heroicas; los que nos he-

mos sentido sacudidos, estrujados, perdidos en ese turbio *maelstrom* de las multitudes bulliciosas y desenfrenadas, sentimos la verdad de las descripciones de González Peña, volvemos á deslumbrarnos con el feérico esplendor de la memorable noche.

Esta misma potencia de colorido, con el cual González Peña nos fija tan fuertemente en la superficie de las cosas, hace que sus personajes parezcan borrosos, de rasgos imprecisos, casi desvaídos en los duros pincelazos del paisaje! Nos parece que el estudio psicológico ahonda poco en esos seres; su huella se nos pierde á poco bajo la piel. ¡Mujeres de Macterlink, no, por Dios, Sr. Escofet! ni siquiera de Jorge Ohnet. Las mujeres de Macterlink, son creaciones de un excelso poeta, son verdaderas ofélidas, tienen el encanto divino de la vida ideal; llevan en los labios siempre una sonrisa, como dice un escritor, un juramento, una maldición, un beso, un gemido, algo, en fin, que es á veces ternura y á veces cólera, pero que nunca es aburrimiento, y confesad que Antoñita y Lena, son un tanto aburridas. . . ¡bueno, Sr. Escofet!

Esperamos con interés otro libro de González Peña; en él, podrán las almas dejarle ver algunos lados de su enigma, para que así pueda completarse el escritor serio y fuerte que presentimos en él. Ojalá que, para entonces, prescinda de prólogos amistosos, que nada significan para su labor.

FERNANDO FORTÚN.— **La Hora Romántica**.— Poesías.— Madrid, MCMVII.—Bajo rosales en flor, iluminados por la luz de una dorada primavera, que esto es lo que se nos antoja el prólogo de Francisco Villaespesa, salta murmurando la fuente poética de Fortún, trae en sus sonidos las límpidas canciones de la adolescencia, vagas añoranzas de hogar lejano, rumor de besos que apenas desfloraron las mejillas de albérchigo de las primeras novias. La lectura de estos versos, nos envuelve en un delicioso sopor, no exento de un dejo de melancolía, y en el aire parece que flotan perfumes de rosas lejanas.

MANUEL MACHADO.— **Alma**.— **Museo**.— **Los Cantares**.— Madrid, 1907.—Con un prólogo del sabio Don Miguel de Unamuno, se abre este libro de versos, muchos de los cuales vieron la luz en periódicos y revistas hace algún tiempo. Machado es uno de los poetas españoles que tienen más prestigios en México; simpatiza por su finura, por su música, por la intensidad de sus melodías; varias de sus composiciones contenidas en la primera parte del volumen, están como impregnadas con los supremos aromas destilantes de las rosas que hizo florecer ese divino fauno que se llamó Verlaine. En sus ensayos de versolibrismo se muestra frecuentemente feliz, y la perfección de su técnica lo secunda de admirable manera en el intento, lo mismo que sus conocidos respetos por la forma.

En «Museo» y «Los Cantares» abundan bellas realizaciones; al primer título corresponde su retrato del rey Felipe IV, digno

de cincelarlo como un epigrama en la famosa tela de Velázquez y que hizo popular á Machado en esta región; polvos seculares se desprenden de los versos en sus resurrecciones históricas, tan perfectas, que han inspirado á su prologuista esta frase hermosamente verdadera: «No es la poesía la eternización de la momentaneidad? Y esta otra: «mi manera de poetizar es muy otra que la de Machado». Es verdad.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.— **Lirismos**.—Mocorito, 1907.—No es un aficionado, ni un cultivador, á ratos, de la poesía, como él mismo lo dice en la dedicatoria de su libro. González Martínez es un poeta, un estudioso y un concienzudo. Una simple afición no basta para modelar en líneas puras la dureza del mármol, ó para hacer brillar la energía de un relieve sobre una plancha de bronce, y González Martínez ensaya felizmente esas maravillas en el mármol y bronce de sus versos. Y también es un sensitivo que traduce, aunque raramente, emociones sutiles y delicadas.

En este género, su composición titulada «Reliquias,» nos parece característica; pero como poeta enamorado de las formas exteriores y especialmente del paisaje griego, lo preferimos en sus descripciones. «La Fuga del Centauro,» «Venus y Adonis,» «Marina» y alguna otra, son cuadros de colorista.

En la serie de las traducciones francesas que terminan el libro, encontramos versos de Baudelaire, Verlaine y Heredia, cuya alteza, en particular la del último, no resulta empequeñecida. «Lirismos» hará florecer un laurel bien auténtico en la frente del poeta.

EN EL PAÍS DE LOS ENSUEÑOS.— **Poesías por Pedro N. Ulloa**.—Hermosillo, 1907.—Muy joven debe de ser, por cierto, el autor de estas poesías, delatoras de una mano bien indecisa, pero también de un talento poético recomendable, que á las vegadas corre como un hilillo de agua cristalina, sobre el color terroso de los versos. ¡Lás-

tima que se enturbie tan pronto con el aluvión del mal gusto, frecuentísimo en «El País,» de Ulloa!

«¡Qué complicada máquina la que esa hoja vomita en la ciudad soberbia como antigua Babel! Cuánto esfuerzo continuo y tenaz necesita para ir amontonando letrita tras letrita, hasta llenar del todo las hojas del papel!»

Esta es una estrofa que entresacamos de su composición titulada «El Periódico,» y cuyo final no podía ser más pésimo. En cambio, ya publicaremos poesías tuyas, que, salvo sus características miromanas,

muy mal disimuladas, son unas de las mejores del libro.

EDMUNDO CASTILLO.—**Albas y Nublados.**—México, 1907.—El apreciable señor Presidente de la llamada sociedad «Manuel Gutiérrez Nájera,» acaba de enriquecer con una nueva remolacha la fecunda hortaliza de nuestra literatura sublunar. Sentimos positivamente que Caballero, ese pájaro descabezado, se haya hundido ya en los nebulosos horizontes del no ser; de otro modo, nos hubiera campaneado en las orejas este nuevo genio.

R. L.

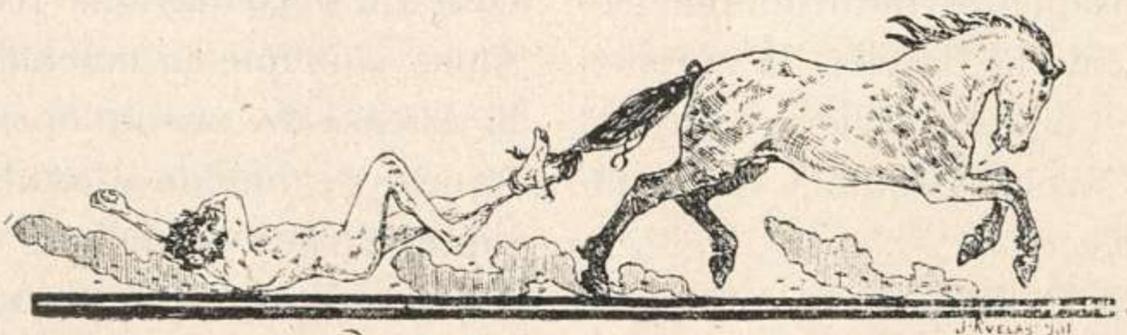
LIBROS RECIBIDOS

DON JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA, Obispo de Veracruz. — «**Virgilio**» (traducción). Xalapa, 1907.

DR. JOSÉ INGEGNIEROS.—**La Législa-**

tion du Travail, dans la République Argentine. Paris, 1907.

MANUEL UGARTE.—**Vendimias Juveniles.** Paris.





NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

VELADAS DEL HOGAR.— **La Condesa de Aulnoy.**—Memorias de la Corte de España.—Obra premiada por la Academia Francesa.—Versión Castellana por Francisca A. de la Barella.

La creadora de tantos y tan admirables cuentos de hadas, la «Condesa de Aulnoy,» que siendo á un mismo tiempo cuentista brillante y sincera historiadora, añadió páginas hermosísimas al tesoro de la literatura francesa, dejó entre sus obras una que siempre será leída con fruición y consultada con interés.

Y esa obra es la que hoy se ofrece al público primorosamente traducida por Doña Francisca A. de la Barella, la ingeniosa escritora que con tanto acierto vertió al castellano las «Cartas á Paquita,» que inauguraron esta colección.

Las memorias de la Corte de España, vividas por su autora en época turbulenta, tienen el sabor de la verdad, y á cien leguas se advierte que no son fruto de exaltada y fogosa imaginación, sino resultado de observaciones atinadas y sesudas.

Efectivamente, «La Condesa de Aulnoy,» que por circunstancias especiales de

la vida fué á España para desempeñar secreta misión, aprovechó su estancia en Madrid para escribir las páginas del libro que hoy se publica y en las que relata con sincera y desapasionada honradez los interesantes sucesos que entonces se desarrollaron.

Y con acierto de artista exquisita y habilidad de escritora experimentada, «La Condesa de Aulnoy,» nos hace retratos verdaderos de los más importantes personajes de la época, nos refiere anécdotas graciosas, como las de las patinadoras y las medias de la reina; no se concreta á contarnos las intrigas palasiegas y cortesanas, sino que en muchas ocasiones toma la defensa del pueblo oprimido y arremete franca y lealmente á los altos poderes, causantes de sus desdichas.

Por si esto fuese poco, la «Condesa de Aulnoy,» añade un encanto muy grande á su libro con descripciones brillantísimas, y lo mismo en la relación del viaje de la Reina de Irún á Madrid, que en la triunfal entrada de la corte de la hermosa soberana, hace gala de extraordinario colorido y gracia exquisita, se muestra estilis-

ta sin par, y con ello contribuye poderosamente á completar los encantos de este libro delicioso, que no dudamos alcanzará un éxito tan grande como todos los publicados en la colección de Veladas del Hogar.

VELADAS DEL HOGAR.—**Diario de una pensionista de Port-Royal de Marcel Dhanys.**—Versión Castellana de Doña Emilia Pineda de Fernández, con notas á guisa de prólogo por Julio Laborde.

«El Diario de una pensionista de Port-Royal,» es una de las obras más interesantes que en este género se han escrito.

Su autor, la eminente escritora Marcel Dhanys, ha sabido presentarnos con tacto y habilidad verdaderamente exquisitos, un tipo de jovencita encantadora, que después de haberse asomado un instante apenas al jardín alucinador de la vida mundana, se ve obligada á ir, para cumplir tradiciones de familia y para completar su educación moral también, una larga temporada al histórico convento de monjas cistercences que se alzaba cerca de París.

Leyendo las delicadas páginas en las que se reflejan las impresiones de un cerebro casi infantil, parece que nos encontramos en presencia del manuscrito de una colegiala moderna, y no puede imaginarse nada más malicioso ni encantador que la evolución lenta y saludable que se opera en las ideas y sentimientos de la aristocrática señorita, cuya alma llega á formarse definitivamente á puro de dulzura y de cariño, y cuyo carácter aristocrático se modifica con la sublime predicación de los ejemplos que forzosamente tiene que presenciar.

Y así sucede que la severidad de un reglamento, que en un principio se le anto-

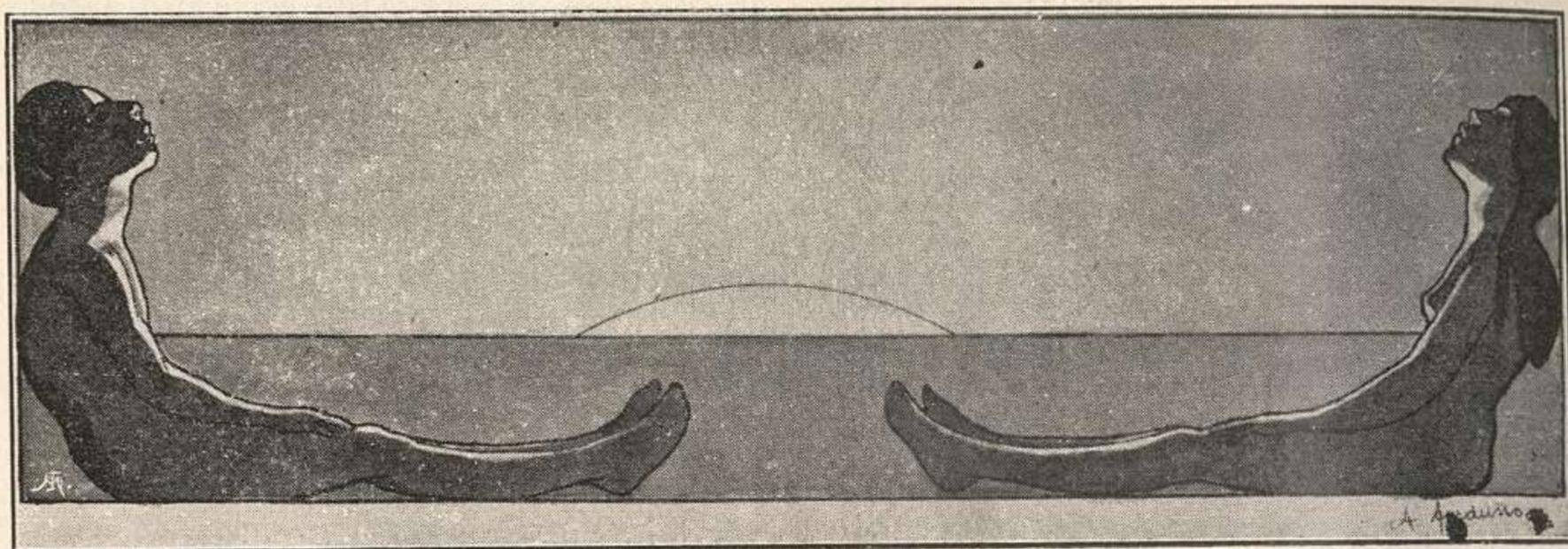
jaba tiránico, concluye por serle agradable, y así también acaba por apreciar en su justo valor cuanto le había parecido ridiculo y detestable.

Es indudable que Marcel Dhanys se propuso demostrar, al escribir el «Diario de una pensionista de Port-Royal,» que las armas más útiles para entrarse de lleno en la lucha constante que la vida ofrece en todas sus esferas y manifestaciones, únicamente pueden adquirirse revistiéndose de sólida armadura moral, y ha conseguido su propósito, pues en este libro delicioso los viejos se deleitarán encontrando escenas que habrán de parecerles vividas por ellos, y los jóvenes tendrán mucho que aprender.

Ni un detalle ha escapado á la perspicacia de Marcel Dhanys, y en la obra que hoy se presenta al público, los lectores encontrarán un relato interesantísimo que les procurará á un tiempo, sano esparcimiento y sólida enseñanza.

«El Diario de una pensionista de Port-Royal,» esmeradamente traducido al castellano por Doña Emilia Pineda de Fernández, se leerá con gusto y provecho, y aquellos que tan atinadamente creen que el pasado engendra el presente, siendo éste una consecuencia lógica del otro, lo pondrán en manos de los jóvenes, seguros de que su lectura habrá de serles muy saludable para el porvenir.

El sabio catedrático de la Universidad de París, Julio Laborde, ha escrito, á guisa de prólogo, unas notas en las que á grandes rasgos hace la historia de lo que fué histórico convento de monjas cistercences, que se alzó cerca de París, y se llamó «Port-Royal.»



LA VERDAD

Debemos exigirla, no sólo de «El Heraldo,» de Madrid, y Bonafoux, sino del mundo entero. La Administración actual ha dado pruebas de moderación en justicia. Damos á continuación, la carta del Sr. Béistegui, Ministro mexicano en España, dirigida al «Heraldo,» de Madrid.

Madrid, Junio 28 de 1907.

SR. DIRECTOR DE «EL HERALDO,» DE MADRID:

Muy distinguido señor mío: Dolorosa impresión me ha causado leer en el apreciable diario que usted dirige, un artículo en que el ilustrado periodista Don Luis Bonafoux transcribe conceptos altamente ofensivos para el buen nombre de México. Según afirma, proceden de una exposición suscrita por mexicanos.

Ignoro quiénes puedan ser estos firmantes; pero desde luego no vacilo en calificarlos de malos mexicanos, ya que es muy impropio de patriotas acusar y denigrar á su país en el Extranjero.

Creo inútil refutar el artículo, porque seguro estoy de la energía y lucidez con que lo hará la prensa mexicana en cuanto lo conozca. Sólo quiero manifestar á usted, que apelo al juicio y á la opinión de la próspera y considerada colonia española de México, la más numerosa quizá de las colonias españolas en América, y al testimonio de los muchos caballeros que, después de haber residido luengos años en mi país (al cual conocen perfectamente), han regresado á la Península, seguro de que ellos serán los primeros en protestar contra las afirmaciones de los supuestos mexicanos, cuyas incalificables quejas transcribe el Sr. Bonafoux.

Usted sabe bien, señor director, que la política debe ser, ante todo, oportuna, es es decir, adecuada á las condiciones y exigencias de cada país.

México, pueblo nuevo, sumido hace apenas treinta años en la anarquía, necesitaba, en razón de sus especiales condiciones, política especial.

Que esta política, á veces enérgica, pero siempre clarividente, ordenada y justa, ha sido benéfica al país, pruébanlo el creciente crédito de la nación en el extranjero, la inmigración cada día mayor de europeos, que van á buscar allí más amplios horizontes; la afluencia, cada vez más considerable, de capital extranjero, y la paz absoluta de que disfrutamos hace tantos lustros.

Creo que estos hechos patentizan mejor que todos los argumentos, lo acertado de los actos de nuestro egregio Presidente y

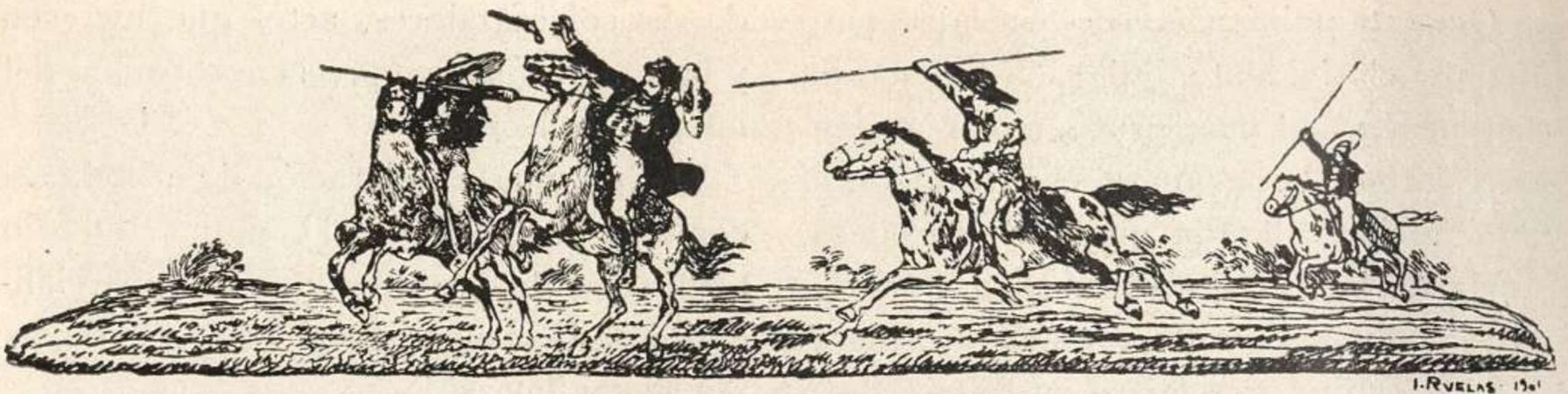
de sus colaboradores, actos que merecen y han merecido siempre la aprobación del mundo civilizado.

De la grande ilustración de usted, así como de la oportunidad con que su diario trata todos los asuntos y de la imparcialidad de éste, espero la publicación de las anteriores líneas.

Al anticiparle por ello las más expresivas gracias, me es muy grato subscribirme de Ud., afectísimo S. S. Q. B. S. M.

J. A. DE BÉISTEGUI.





SOCIEDAD DE ALUMNOS DE LA ESCUELA N. PREPARATORIA

«La Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, con motivo de la celebración del primer aniversario de su fundación, se honra invitando á Ud. y á su distinguida familia, para que concurren á la Velada, que con asistencia del Señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, se efectuará en el Salón de Actos de la misma Escuela, el próximo viernes 12, á las 8.30 p. m.

México, Julio de 1907.»

Ya la prensa diaria dió cuenta del éxito alcanzado por la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, al celebrar con solemne velada el aniversario de la fundación de dicha Sociedad.

La «Revista Moderna» espera dar á conocer á sus lectores, «Los Soñadores,» versos pronunciados por José de J. Núñez y Domínguez, y el discurso de Alfonso Reyes.

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 31 de Julio de 1907.

Suma anterior . . . \$	3,369 77
Lic. J. López Portillo y Rojas.	25 00
Total . . . \$	3,394 77

Hamilcar no hablaba ya. Con los ojos fijos y la faz pálida como las perlas de su tiara, anhelante, casi asustado por sus propias palabras, permanecía inmóvil. Desde la altura en que estaba, las antorchas le parecían una ancha corona de hogueras que ardían al ras del suelo; las negras humaredas subían á las tinieblas de la bóveda, y durante algunos momentos fué tan profundo el silencio, que se oía á lo lejos el ruido del mar.

Los Antiguos deliberaron. Sus intereses, sus existencias, estaban amenazadas por los bárbaros; no se les podía vencer sin auxilio del Suffeta, y esta consideración les hizo olvidar las otras. Ocurrieron á los amigos de Hamilcar; hubo reconciliaciones interesadas, pactos y promesas. El Suffeta no quería figurar en el gobierno, aunque todos se lo suplicaban, y como se pronunciara de nuevo la palabra «traición,» montó en cólera. El único traidor era el Gran Consejo, pues el tiempo de enganche de los soldados expiraba con la guerra y eran libres desde que había concluido. Alabó su valor y ponderó las ventajas que proporcionarían á la República, haciéndoles devotos á su causa por medio de donaciones y privilegios.

Entonces Magdassan, antiguo gobernador de provincias, dijo dilatando sus ojos amarillos:

—En verdad, Barca, que á fuerza de viajar te has convertido en griego ó en latino. ¿Aún hablas de recompensar á esos hombres? Perezcan diez mil bárbaros, antes que uno solo de nosotros.

Los Antiguos aprobaron murmurando:

—Sí, ¿por qué tantas consideraciones? ¡Siempre se encuentran soldados!

—Y es fácil también deshacerse de ellos, ¿verdad? Se les abandona como hicisteis en Cerdeña; se advierte al enemigo el camino que han de seguir y así se les coge, como ocurrió á los galos en Sicilia, ó se les desembarca en mitad del mar. ¡Al volver he visto la gran roca blanqueada por sus huesos!

—¡Qué desgracia! —replicó imprudentemente Kapuras.

—¿No se pasaron mil veces al enemigo? —exclamaron otros.

Hamilcar gritó:

—¿Por qué les llamasteis á Cartago, á pesar de vuestras leyes? Cuando están aquí siendo pobres y numerosos junto á vuestras riquezas, no se os ocurre debilitarlos, dividiéndolos. Los despedís con sus mujeres y niños, á todos, sin quedaros un solo rehén. ¿Pensabais que se asesinarían entre sí para evitaros el dolor de quebrantar vuestros juramentos? ¡Les odiáis porque son fuertes! ¡Me odiáis aún más á mí que soy su jefe! ¡Oh! ¡Lo he comprendido hace poco cuando me besabais las manos y os conteniais para no mordérmelas! Si los leones que dormían en el patio hubiesen entrado rugiendo, no hubiera sido el clamor más espantoso.

El Pontifice de Eschmun, se levantó erguido como una estatua y contestó:

—¡Barca! Cartago necesita que tomes el mando general de las fuerzas púnicas.

—Lo rehuso —contestó Hamilcar.

—Te daremos plenos poderes.

—¡No!

—Sin fiscalización, sin que tengas que dividirlo con nadie, te daremos cuanto dinero pidas; todos los cautivos, todo el botín, cincuenta zerets de tierra por cada muerto del enemigo.

—¡No! ¡no! porque es imposible vencer con vosotros.

¡Tiene miedo!

—¡Porque sois cobardes, avaros, ingratos, pusilámines y locos!

—¡Les favorece!

—Para ponerse á su cabeza —dijo alguien.

—Y atacarnos á nosotros, contestó otro.

Desde el fondo de la sala, Hannon vociferó:

—¡Quiere hacerse rey!

Entonces todos se levantaron, tirando los cascabeles y las antorchas; en grupo compacto se lanzaron hacia el altar, blandiendo puñales; pero Hamílcar sacó de sus mangas dos grandes cuchillos, y encorvado, con el pie izquierdo adelantado, llameantes los ojos, apretados los dientes, les desafiaba inmóvil bajo el candelabro de oro.

Resultaba que todos tenían armas, lo que era un crimen; asustados se miraron unos á otros, y como todos se encontraban culpables, se tranquilizaron. Poco á poco, volviendo la espalda al Suffeta, bajaron rabiosos por la humillación; por segunda vez retrocedían ante él. Durante algún tiempo permanecieron en pie. Muchos que se habían herido los dedos, los llevaban á su boca ó los envolvían con el borde de sus mantos.

Iban á salir, cuando Hamílcar oyó estas palabras:

—¡Es una delicadeza suya para no afligir á su hija!

—¡Una voz más alta dijo:

—¡Sin duda alguna, ya que escoge sus amantes entre los mercenarios!

Tambaleóse al oír aquello, y luego sus ojos buscaron maquinalmente á Schahabarim. El sacerdote de Tanit era el único que permanecía en su sitio, y Hamílcar veía desde lejos su alto casquete. Todos le escarnecían. A medida que aumentaba su angustia, redoblaba la alegría de ellos, y entre carcajadas é imprecaciones, los de las últimas filas gritaban:

—¡Le han visto salir de su cuarto!

—¡Sí, una mañana del mes de Tausmuz!

—¡Es el que robó el zaimph!

—¡Es un buen mozo!

—¡Es más alto que tú!

Hamílcar arrancó su tiara, insignia de su dignidad, su tiara de ocho hileras místicas en cuyo centro había una concha de esmeraldas, y con ambas manos, con toda su fuerza, la arrojó al suelo; los círculos de oro, rompiéndose, rebotaron y las perlas resonaron sobre las losas. Vieron entonces en la blancura de su frente una larga cicatriz que semejaba una culebra entre sus cejas; todos sus miembros temblaban; subió una de las escalinatas laterales que conducían al altar y marchó sobre él. Aquello era ofrecerse á Dios, entregarse en holocausto. El movimiento de su manto agitaba los resplandores del candelabro y el fino polvo, levantado por sus pasos, le rodeaba como una nube hasta la cintura. Se detuvo, por fin, entre las piernas del coloso de cobre, tomó en sus manos dos puñados de aquel polvo, cuya sola vista hacía estremecer de horror á todos los cartagineses, y dijo:

—¡Por las cien antorchas de nuestras inteligencias! ¡por las ocho hogueras de los Kabyros! ¡por las estrellas, los meteoros y los volcanes! ¡por todo lo que arde! ¡por la sed del desierto y por la sal del océano! ¡por la caverna de Hadrumeto y el imperio de las almas! ¡por la exterminación! ¡por las cenizas de vuestros hijos y las cenizas de los hermanos de vuestros antepasados con quienes ahora confundo la mía! ¡Vosotros, los cien del consejo de Cartago, mentisteis acusando á mi hijo! Y yo, Hamílcar Barca, Suffeta de la mar! ¡Jefe de los Ricos y dominador del pueblo, ante Moloch, cabeza de toro, juro:—Aquí esperaban algo espantoso, pero añadió con voz más alta y tranquila:—que ni siquiera le hablaré de ello!

Los servidores del templo entraron llevando esponjas de púrpura y otras palmas, levantaron la cortina tendida ante la puerta y por la abertura se vió al final de las otras salas la inmensa bóveda rosada que parecía continuarla, apoyándose en el horizonte sobre el mar azul; subía el sol, emergiendo de las olas y tocó de repente el pecho del coloso, dividido en siete compartimientos cerrados por rejas. Sus fauces de rojos dientes se abrían con ho-

rrible bostezo, las enormes ventanas de su nariz se dilataban; al arrimarle la luz, tomaba un aspecto espantable é impaciente como si deseara saltar al exterior para mezclarse con el astro, con el Dios y recorrer con él las inmensidades.

Entretanto, las antorchas tiradas al suelo, ardían aún, produciendo sobre el pavimento de nácar como manchas de sangre.

Los antiguos se balanceaban extenuados y aspiraban con ansia la frescura del aire; corría el sudor por sus rostros lívidos; á fuerza de haber gritado, no podían hablar; pero su cólera contra el Suffeta no cedía; á modo de despedida le lanzaban amenazas y Hamílcar las contestaba.

—¡Hasta la noche, Barca, en el templo de Eschmun.

—¡Estaré!

—¡Te haremos condenar por los Ricos!

—¡Y yo por el pueblo!

—¡Cuida de no acabar crucificado!

—¡Y vosotros arrastrados por las calles!

Al llegar al umbral del patio recobraron su actitud tranquila.

Sus corredores y cocheras les esperaban en la puerta; la mayoría montó en mulas blancas. El Suffeta saltó á su carro y tomó las riendas. Los caballos arrancaron golpeando cadenciosamente los guijarros que saltaban y subieron á escape toda la avenida de los mappales, y el buitre de plata del extremo de la lanza parecía volar según lo rápido que pasaba el carro.

El camino atravesaba un campo adonde se erguían altas losas puntiagudas en la cima como pirámides y que tenían en el centro una mano abierta, como si el muerto tendido debajo la hubiera levantado al cielo para reclamar algo.

Un alto edificio dominaba una serie de construcciones que se extendían á la derecha alineadas como murallas de bronce.

Cuando el carro fragoroso hubo entrado por la estrecha puerta, se detuvo bajo un ancho cobertizo, donde varios caballos comían hierba.

Todos los criados acudieron; formaban una gran multitud, pues los que trabajaban en el campo, temiendo á los soldados, se refugiaron en Cartago. Los labradores, cubiertos de pieles de animales, arrastraban cadenas remachadas en los tobillos; los obreros de las fábricas de púrpura, tenían enrojecidos los brazos como verdugos; los marinos llevaban casquetes verdes; los pescadores, collares de coral; los cazadores, una red sobre el hombro, y los criados del palacio, túnicas blancas y negras, pantalones de cuero y casquetes de paja, de fieltro y de tela, según el servicio y las ocupaciones.

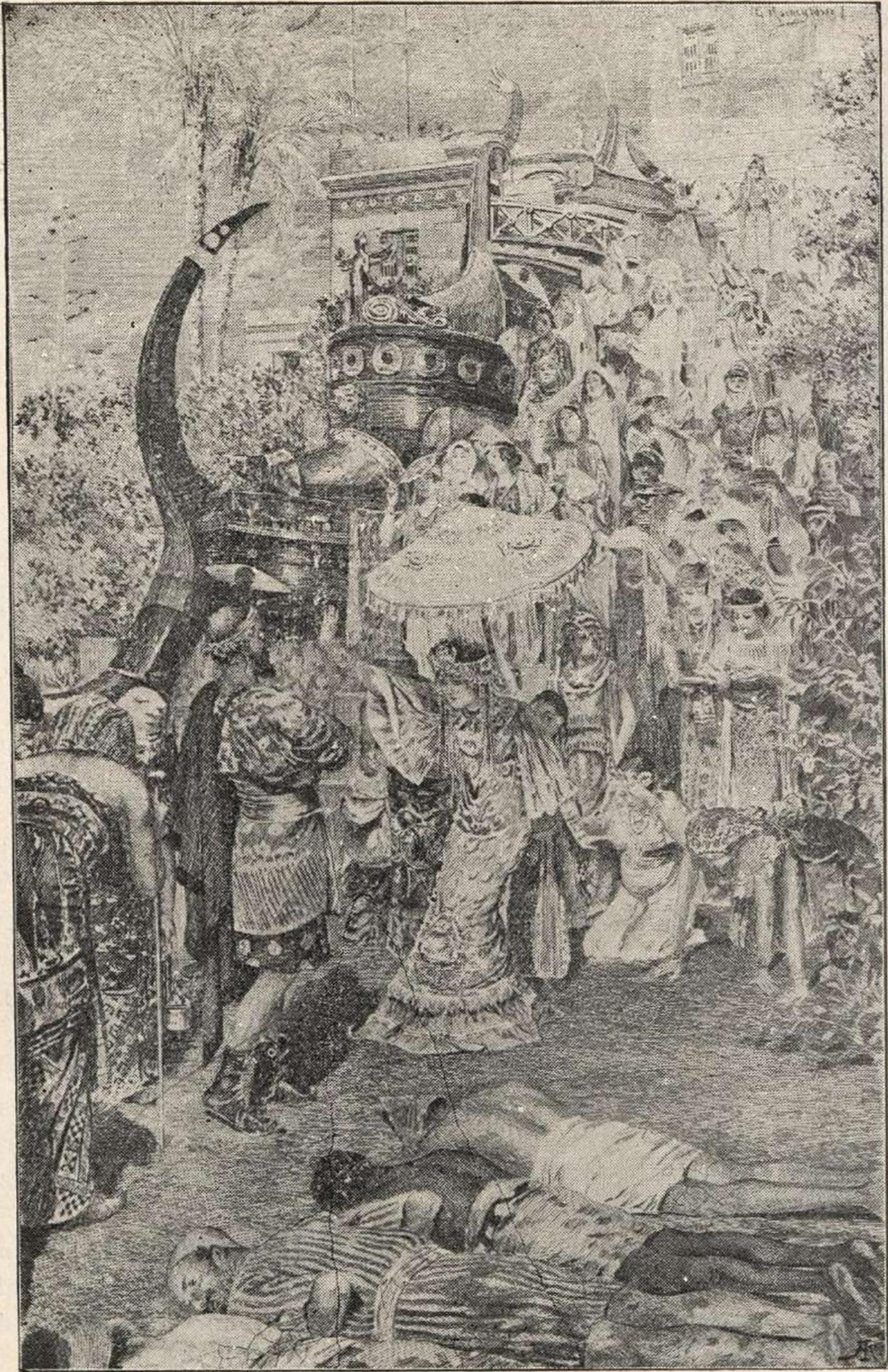
Detrás de ellos, se amontonaba la plebe desarrapada; vivían los que la formaban sin empleo alguno, lejos de las habitaciones, pernoctando en los jardines y devorando los restos de las cocinas; era un moho humano que vejetaba á la sombra del palacio de Hamílcar; éste los toleraba más por previsión que por desdén; todos llevaban una flor en la oreja, en señal de alegría, aunque muchos no le habían visto jamás.

Hombres armados de grandes bastones se lanzaron entre la multitud golpeando á diestra y siniestra, para rechazar así á los esclavos que deseaban ver al amo, y que éste no sufriera su contacto ni le molestase el hedor que despedían. Todos se echaron de bruces, gritando:

—¡Ojalá prospere tu casa, ojo de Baal!

Entre aquellos hombres tendidos en el suelo, en la avenida de los cipreses, el intendente de los intendentes, Abdalonim, con una mitra blanca en la cabeza, se adelantó hacia Hamílcar con un incensario en la mano.

Salammbó bajaba en esos instantes la escalinata de las galeras, seguido por todas sus



doncellas, que á cada uno de sus pasos bajaban también. Formaban una confusión de vestidos blancos, azules y amarillos; y las sortijas, los broches, los collares, las franjas y los brazaletes, resplandecían. Oíase suave ruido de estofas ligeras; sonaban las sandalias al posarse sobre las gradas, y de trecho en trecho, gigantescos eunucos que sobresalían de todas aquellas mujeres, sonreían estúpidamente. El viento levantaba los velos; era en el mes de Schebar, era en pleno invierno; los granados en flor se destacaban sobre el azul del cielo, y á través de las ramas aparecía el mar y en él una isla lejana medio oculta por la bruma.

Hamilcar se detuvo viendo á Salammbó. Nació después de que habían muerto varios varones hermanos suyos.

Por otra parte, el nacimiento de una hija pasaba por una calamidad en las religiones del sol. Los dioses le enviaron más tarde un hijo, pero sentía contra ella algo de su esperanza malograda y de la maldición que le lanzó al nacer. Salammbó se acercaba. Perlas de distintos colores caían en largos racimos desde sus orejas hasta sus hombros; su rizada cabellera parecía una nube alrededor de su cabeza; llevaba en el cuello una breves placas de oro cuadrangulares que representaban una mujer entre dos leones, y su vestido reproducía fielmente el traje de la Diosa.

Su túnica de anchas mangas, color de jacinto, ceñiale el talle, ensanchándose en su parte inferior; el bermellón de sus labios volvían más blancos los dientes, y el antimonio de los párpados agrandaba sus ojos. Las sandalias formadas de plumas de pájaros tenían los tacones muy altos; estaba extraordinariamente pálida.

Llegó cerca de Hamilcar y sin mirarle, sin levantar la cabeza, le dijo:

—¡Salud, ojo de Baalim! ¡Gloria eterna! ¡triunfo! ¡dichas! ¡Satisfacción! ¡riqueza! Tiempo hacía que mi corazón estaba triste; pero el dueño que llega es como Tammur resucitado, y bajo tu mirada, ¡oh padre! una alegría, una nueva existencia, resplandecerán por todas partes!

Tomando de manos de Taanach un vaso oblongo en donde humeaba una mezcla de harina, manteca y vino:

¡Bebe—dijo,—la bebida del regreso preparada por tu sierva.

Hamilcar replicó:

—Bendición sobre ti.

Y cogió maquinalmente el vaso de oro que le ofrecía.

Pero miraba y examinaba con una atención tan sostenida á Salammbó, que ésta, turbada, dijo:

—¡Te han dicho, oh dueño!.....

—¡Sí, ya lo sé—contestó Hamilcar en voz baja.

¿Era una confesión? ¿Se trataba de los bárbaros? Añadió algunas palabras vagas acerca de los asuntos públicos que esperaba llevar á buen puerto.

—¡Oh, padre! no borrarás lo irreparable.

Entonces retrocedió y Salammbó se asombraba de su estupor, pues no pensaba en Cartago, sino en el sacrificio del cual resultaba cómplice.

Aquel hombre que hacía temblar las legiones, le asustaba como un dios. Había adivinado, lo sabía todo, algo terrible iba á suceder.

De proto gritó: «¡Perdón!»

Hamilcar bajó lentamente la cabeza.

Aun cuando quería acusarse, Salammbó no osaba despegar los labios, y sin embargo, tenía necesidad de ser consolada. Hamilcar dominaba los deseos que sentía de quebrantar su juramento, que mantenía por orgullo ó por temor; y la miraba de frente, con toda su fuerza, para adivinar lo que ocultaba en el fondo de su corazón.

Salammbó hundía la cabeza entre los hombros, aplastado por aquella dura mirada. Hamilcar estaba casi seguro de que había faltado con un bárbaro, y temblando levantó ambos puños. Ella lanzó un grito y cayó entre sus doncellas que la rodearon. Hamilcar volvió la espalda y se alejó. Todos los intendentes le siguieron.

Se abrió la puerta de los depósitos y penetró en una vasta rotonda, donde afluián, como los radios de una rueda á su eje, largos corredores que conducían á otras salas. Un disco de piedra se levantaba en el centro de una balaustrada para sostener los cojines acumulados sobre la alfombra.

El Suffeta se paseó con paso rápido y largo, respirando ruidosamente; golpeaba el suelo con el pie y se pasaba la mano por la frente.

Pero al ver el cúmulo de sus riquezas, se calmó; su pensamiento, atraído por los corredores, se lanzó hacia otras salas llenas de tesoros más preciados. Planchas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con los rieles de estaño traídos de Cassiterides por el mar tenebroso. Las gomas del país de los Negros, reventaban casi sus sacos de corteza de palmera, y el polvo de oro, colocado en grandes odres, se escapaba insensiblemente por las costuras desgastadas. Delgados filamentos extraídos de plantas marinas colgaban entre los linos de Egipto, de Grecia, de Taprovana y de Judea. Las medréporas se erizaban junto á las paredes; un olor indefinible flotaba en la atmósfera, formado por las exhalaciones de los perfumes, de las pieles, de las especias y de las plumas de aveztruz, atadas en gruesos ramilletes en lo alto de la bóveda. Frente á cada corredor, los colmillos de elefante, colocados verticalmente, reuniéndose por los extremos, formaban un arco encima de la puerta.

Por fin, llegó al disco de piedra; todos los intendentes estaban con brazos cruzados y la cabeza baja, mientras Abdalonim levantaba orgullosamente su puntiaguda mitra.

Hamilcar interrogó al jefe de los navíos. Era un viejo piloto, curtido por el viento y grandes copos blancos bajaban hasta su cintura, como si la espuma de las tempestades se hubiera cuajado en su barba; dijo que había enviado una flota por Gades y Thymiamata para llegar á Eziongaber, doblando el cuerno del Sur y el promontorio de las Aromas.

Otros buques habían navegado hacia el Oeste, durante cuatro lunas, sin encontrar orillas, pero la proa de los navíos se enredaba entre espesas hierbas; en el horizonte resonaba continuamente ruido de cataratas; nieblas color de sangre, obscurecían el sol; una brisa cargada de perfumes, adormecía á los tripulantes, y éstos no podían decir más, porque su razón estaba como turbada.

El rey Ptolomeo había cogido un cargamento de incienso de Schebar. Siracusa, el Atia, Corcega y las demás islas nada habían entregado, y el viejo marino bajó la voz para anunciar que una trirreme había sido apresada por los númidas, «pues—agregó—están con ellos, amo mío.»

Hamilcar frunció, entrecejó é hizo seña de que hablara el jefe de los viajes, que estaba envuelto en una túnica obscura sin ceñidor, con la cabeza rodeada por una ancha tira de tela blanca, que pasando junto á la boca, le caía detrás de la espalda.

Las caravanas habían marchado al llegar el equinoccio de invierno; y después de haber visto muchos países é inmensos reinos donde todos los utensilios eran de oro, y un río de color de leche, ancho como un mar, y selvas de árboles azules y mostros de rostro humano, cuyas pupilas, al mirar se abrían como flores, habían vuelto muy pocos de los audaces viajeros.

Otros volvieron de la India con pavos, pimienta y nuevos tejidos. Las caravanas de la Getulia y de Phazzana habían entregado sus rendimientos de costumbre; pero ahora él, el Jefe de los viajes, no se atrevía á enviar nuevas expediciones.

Hamilcar comprendió; los mercenarios ocupaban la campiña; lanzando un sordo gemitido, se apoyó en el atracadero; el Jefe de las alquerías tenía tanto miedo de hablar, que temblaba horriblemente á pesar de sus robustos hombros y de sus grandes pupilas rojas; su rostro era chato como el un dogo y llevaba en la cabeza una redecilla de filamentos de árbol; ceñía su talle un cinturón de piel de leopardo en donde relucían dos formidables cuchillos.

Cuando Hamilcar le miró, empezó á invocar á todos los Baals. ¡No era culpa suya! ¡No pudo evitarlo! Había observado las temperaturas, los terrenos, las estrellas, hecho las plantaciones en el solsticio de invierno, las labores en luna menguante, cuidado de los esclavos, ahorrado sus vestidos.

Hamilcar, á quien irritaba aquella locuacidad, chasqueó la lengua, mientras el hombre de los cuchillos añadía con voz rápida:

—¡Amo mio! Todo lo han pillado, saqueado, destruido. En Marchala han cortado los árboles, y en Ubada, fueron derribados los graneros y cegadas las cisternas. En Tesdes se llevaron mil quinientas medidas de harina. En Marazzana mataron á los pastores, comieron las abejas, ardió tu casa, tu hermosa casa de vigas de cedro, donde pasabas el verano. Los esclavos de Tuburbo han huido á las montañas. Todas las bestias de carga han desaparecido. ¡Es una maldición! No me consolaré nunca....

Hamilcar sentía una cólera espantosa. Estalló:

—¡Cállate! ¿Soy acaso un pobre? ¡No mientas! ¡Di la verdad! ¡Quiero saber lo que he perdido, moneda por moneda! Abdalonim, traeme las cuentas de los buques, las de las caravanas, las de las alquerías y las de la casa. Si vuestra conciencia os acusa, ¡ay de vosotros! ¡salid!

Los intendentes, andando para atrás, y tocando el suelo con las manos, salieron.

Abdalonim tomó unas cuerdas de nudos, unas tiras de tela y papyrus, y unos omoplatos de carnero llenos de finos caracteres; los puso á los pies de Hamilcar, y entre sus manos un cuadro de madera con tres hilos interiores, por los que estaban pasadas bolas de oro, de plata y asta. Después dijo:

—Ciento noventa y dos casas en los Mappales, alquiladas á los nuevos cartagineses, á razón de un beka por luna.

—¡No! Es demasiado! ¡No abuses de los pobres!

Abdalonim quedó sorprendido de aquella generosidad.

Hamilcar le arrancó de las manos las tiras de tela.

—¿Qué es esto? Tres palacios en Lhamon á doce kesitah por mes! ¡Pon veinte! ¡No quiero que los ricos me devoren!

El intendente de los intendentes, después de un profundo saludo, añadió:

—Prestado á Tijillas, hasta el final de la estación, dos kihar, á devolver tres con interés marítimo; á Mar-Balkarth, mil quinientos siclos, dejando en prenda treinta esclavos; doce de éstos han muerto en las salinas.

—Es que no eran robustos—dijo riendo el Suffeta—¡No importa! si necesita dinero, préstaselo.

Entonces el intendente leyó lo que habían producido las minas de hierro de Annaba, las pesquerías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto sobre los griegos domiciliados; la explotación de plata en Arabia y las presas de los buques.

Hamilcar contaba con las bolitas que resonaban bajo sus dedos.

—¡Basta! ¿Qué has pagado?

—A Stratonicles de Corinto y á tres mercaderes de Alejandría, diez mil dracmas atenienses y doce talentos sirios de oro, contra estas letras; el alimento de las tripulaciones cuenta veinte minas al mes, por cada trirreme.

—¡Ya lo sé! ¿Cuántas se han perdido?

—He aquí la cuenta sobre estas hojas de plomo. En cuanto á los navios fletados en Compañía, como ha sido preciso echar cargamento al mar, las pérdidas se han repartido en proporción á los interesados. Por cordaje prestado, que no fué posible devolver, los Lysitas han exigido ochocientos Kesitah antes de la expedición de Utica.

—¿Todavía ellos?—exclamó Hamilcar y permaneció algún tiempo aplastado bajo el peso de todos los odios que se despertaban en él; luego dijo:

—No veo los gastos de Megara.

Abdalonim, palideciendo, tomó de un cajón unas pequeñas planchas de sicomoro enhebradas por paquetes en una cuerda de cuero.

Hamílcar le escuchaba queriendo conocer los detalles de la vida doméstica y se calmaba oyendo la monótona voz que rumoraba cifras y más cifras; cada vez iba Abdalonim más despacio y de repente dejó caer las hojas de madera echándose de bruces con los brazos extendidos en la posición de los condenados. Hamílcar, sin conmoverse, recogió las tabletas; sus labios se entreabieron y sus ojos se dilataron, cuando vió en los gastos de un solo día un exorbitante consumo de pájaros, peces, vinos y aromas, jarros y copas rotas, esclavos muertos y tapices destruidos.

Siempre prosternado, Abdalonim le contó el festín de los bárbaros; no podía dejarse cumplir la orden de los Antiguos; por otra parte, Salammbó quiso que se prodigase el dinero para festejar á los soldados.

Al oír el nombre de su hija, Hamílcar se levantó de un salto; luego se acurrucó entre cojines, desgarrando las franjas de su manto con las uñas, anhelante, fija la mirada.

—¡Levántate!—dijo, y bajó.

Abdalonim le seguía, temblándole las rodillas, pero apoderándose de una barra de hierro se puso á levantar las losas como si estuviera furioso; saltó un disco de madera y bien pronto aparecieron en toda la longitud del corredor varias de esas anchas tapaderas de los silos.

—¡Ya lo ves, ojo de Baal—dijo el intendente trémulo,—¡no lo han tomado todo! son profundos de cincuenta codos y llenos hasta arriba. Durante el viaje, los hice construir en todas partes, en los arsenales y en los jardines. ¡Tu casa está llena de trigo y tu corazón de sabiduría!

Una sonrisa aclaró el semblante de Hamílcar.

—Bien, Abdalonim—dijo, y luego añadió á su oído:

—Haz traer de Etruria, del Brusio, de donde quieras, á cualquier precio; amonta y guarda. Es preciso que posea yo todo el trigo de Cartago.

Cuando estuvieron al final del corredor, Abdalonim abrió con una de las llaves, una cámara cuadrangular, dividida en dos por columnas de cedro. Monedas de oro, plata y cobre, puestas sobre las mesas ó hundidas en nichos, subían á lo largo de las cuatro paredes tocando el artesonado del techo.

Enormes banastas de piel de hipopótamo guardaban en los rincones filas enteras de pequeños sacos; montones de monedas menudas se elevaban sobre las losas; en algunos lugares, las filas demasiado altas se habían desplomado, y semejaban columnas derrumbadas.

Las grandes monedas de Cartago que representaban á Tavít con un caballo bajo una palmera, estaban confundidas con las de las colonias que representaban en sus caras, un toro, una estrella, un globo y una media luna. El Suffeta calculó al punto si las sumas acumuladas correspondían á las ganancias y pérdidas que acababa de saber, y se marchaba ya, cuando advirtió tres jarras de cobre vacías. Abdalonim volvió la cabeza en señal de horror; Hamílcar, resignado, no habló.

Pasaron por otros corredores y salas y llegaron ante una puerta que, para estar mejor guardada, tenía atravesado en el umbral á un hombre atado por el vientre á una larga cadena empotrada en la pared, costumbre que los cartagineses tomaron de los romanos. Su barba y sus uñas habían crecido desmesuradamente, y se balanceaba á derecha é izquierda con la oscilación continua de los animales cautivos. Luego que reconoció á Hamílcar se lanzó á él, gritando:

—¡Perdón, ojo de Baal! ¡Piedad! ¡Mátame! Hace diez años que no he visto el sol. ¡En nombre de tu padre, perdón!

Hamílcar, sin contestarle, llamó con las manos; aparecieron tres hombres que, ayudados por él, retiraron de sus anillos la barra enorme que cerraba la puerta. Hamílcar tomó una antorcha y desapareció en las tinieblas.

“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero „ „	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 6.

TEXTO:

- Poemas.—Andrés González-Blanco.
La musa lejana.—Joaquín López Barbadillo.
Las historias viejas —Ámado Nervo.
Pintores de excepción.—Angel Zárraga.
Calicot.—Manuel Gutiérrez Nájera.
Discurso.—Alfonso Reyes.
Los soñadores.—José de J. Núñez y Domínguez.
Nietzsche.—Antonio Caso.
Carducci.—Leopoldo Díaz.
Literatura hispano-americana.—Manuel Ugarte.
El Sr. D. Ramón Corral.
Cuarto de hora.—Luis C. López.
La máscara.—Rubén Valenti.
Flirt.—Alfredo Gómez Jaime.
Grato arribo.
Bosquejo Biográfico del Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús. (Concluirá).
A Manuel Ugarte.—Eduardo de Ory.
Estremecimiento de invierno —Stéphane Mallarmé.
Partida de un diplomático.
El Taller.—Manuel Ugarte.
Horas. Mediodía. Presagio.—Jesús Semprúm.
Necrología.
El Sr. D. Damián Flores.
La partida. A una amada errante. En el tiempo de las vendimias.—José Muñoz San Román.
Folletín de la «Revista Moderna.»

GRABADOS:

- La escalera del dragón.—Agua fuerte de Julio Ruelas.
Federico Nietzsche.
Sr. D. Ramón Corral.
Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús.
Sr. D. Manuel Guillén, Gobernador del Estado de Guerrero.

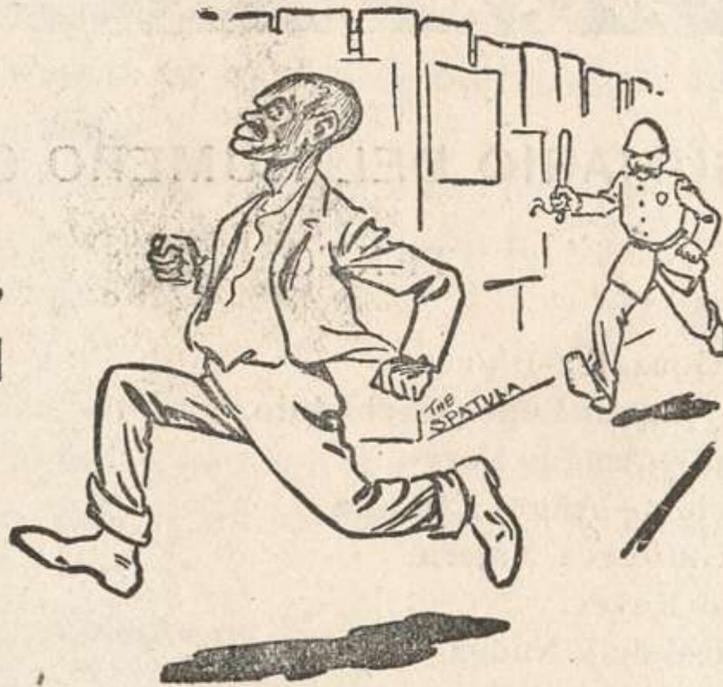
LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales
al Comercio.



Las enviamos
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.